

J'alanil Junxaqalil



Historias frente al olvido e invisibilidad



J'alanil Junxaqalil

Historias frente al olvido e invisibilidad

López Bensch, Alejandro

Jalanil Junxaqalil : historias frente al olvido e invisibilidad / Alejandro López Bensch ; Alex Castillo ; Editado por María José Bovi ; Ilustrado por Ayito Alex Cabrera. - 1a ed. - La Plata : Ayito Alex Cabrera, 2026.

100 p. : il. ; 20 x 25 cm.

ISBN 978-631-01-3421-5

1. Identidad de Género. 2. Diversidad Sexual. 3. Derechos Humanos. I. Bovi, María José , ed. II. Cabrera, Ayito Alex, ilus. III. Título.

CDD A860

EQUIPO TÉCNICO

Argentina Intersex: Ale Lopez Bensch, Magnus Iturriuz Parra.

Colectivo de Hombres Trans, Trans-Formación: Alex R. Castillo Hernández, Dra. Yusimil Carrazana Hernández, Jossel Cabrera Juárez y Aura Rodríguez Sontay.

DISEÑO ARTÍSTICO Y DIAGRAMACIÓN

Espacio Tolomocho: Ayito Cabrera, María José Bovi, Lucas Trejo.

Jalanil Junxaqalil. Historias frente al olvido e invisibilidad

Argentina y Guatemala. Febrero, 2026.

Este documento ha sido posible gracias al apoyo de ASTRAEA Foundation y FOS Feminista. Los puntos de vista en este documento son responsabilidad de Argentina Intersex y el Colectivo de Hombres Trans, Trans-Formación y no refleja necesariamente los de ASTRAEA Foundation y FOS Feminista.

Se permite la reproducción total o parcial del documento, citando la fuente de origen.

PRÓLOGO



Dentro de la población LGBTQ+, existe una deuda histórica con las personas intersexuales. Esa deuda no es abstracta: vive en los silencios, en los cuerpos negados, en las historias que otros intentaron borrar. Por eso decidimos nombrar este libro *J'alanil Junxaqalil*, escrito en q'eqchi', un idioma que resguarda mundos, una de las veinticinco voces que sostienen a Guatemala. El nombre, propuesto por Chahim Vásquez, es una ofrenda y una afirmación: las personas intersex y trans (como decidió nombrarnos el mundo anglosajón) no somos una moda, ni un invento reciente, ni un concepto importado. Somos raíces, somos tiempo largo, somos parte de la respiración profunda de nuestros pueblos ancestrales.

A este nombre le sumamos *Historias frente al olvido e invisibilidad*, porque en estas páginas también caminan otras existencias que han sido empujadas a los márgenes: personas trans, personas con discapacidad, vidas que el modelo hegemónico hetero-cis-patriarcal intenta disciplinar, silenciar o desaparecer. Frente a ese intento de borramiento, estas historias se levantan como fuego que no se apaga, como palabra que vuelve a nacer.

J'alanil Junxaqalil. Historias frente al olvido e invisibilidad es un proyecto impulsado por dos organizaciones: **Argentina Intersex** y el **Colectivo de hombres trans Transformación**. Este



libro es un recordatorio de que somos existencia, memoria y continuidad. Hemos estado aquí desde siempre, desde las ancestralidades que sostienen a tantos territorios del mundo. Este libro es mi manera de honrar esa presencia antigua; de abrir un espacio donde nuestras voces puedan respirar sin miedo, de decir con claridad que seguimos aquí, que nunca nos fuimos, que nuestra vida es parte esencial de la historia colectiva que aún estamos escribiendo.



AGRADECIMIENTOS



Este libro existe gracias a ustedes.

A cada persona que decidió abrir su memoria, su cuerpo y su historia, les debemos más que palabras. Gracias por confiar, por nombrar lo que durante tanto tiempo fue silenciado, por convertir la herida en relato y el silencio en voz.

Sabemos que no fue fácil contar lo vivido en medio de la invisibilidad, el olvido y las preguntas que nunca debieron doler. Sabemos que cada testimonio guarda noches largas, decisiones ajenas, miradas que juzgan y mundos que pocas veces escuchan. Por eso, su valentía no solo construye estas páginas, las sostiene.

Este libro es para ustedes.

Es memoria contra el borrado.

Es un gesto de amor frente a la negación.

Es una forma de decir existieron, existen y seguirán existiendo.

Que estas palabras sean un pequeño refugio, un espejo digno, una constancia de que sus vidas importan y de que su verdad merece ser leída, cuidada y recordada.

Con profundo respeto y gratitud.

Alex R. Castillo Hernandez y Ale Lopez Bensch



AGUSTIN ROJAS

REPÚBLICA DOMINICANA



Al aceptarme tal como soy, he podido enseñar a muchas personas que todos tenemos los mismos derechos, sin excepción.

Me llamo AGUSTÍN ROJAS, tengo 61 años de edad y vivo en Santo Domingo Norte, República Dominicana. Soy un hombre trans, una persona intersexual y tengo una discapacidad auditiva.

Nací en Elías Piña, un pueblo fronterizo con Haití. Crecí en una familia numerosa y humilde: mis padres tuvieron doce hijos y yo soy el cuarto. Mi padre era militar del ejército y mi madre ama de casa. A pesar de las limitaciones económicas, tuve una infancia relativamente buena y un trato familiar correcto y cariñoso. Mi madre siempre fue una mujer alegre, simpática y risueña. Mis padres sabían cómo yo había nacido, aunque de eso nunca se habló abiertamente.

Desde muy pequeño siempre supe que no era igual a los demás. Yo observaba a mis hermanas y a otras niñas, y veía claramente que ellas tenían algo diferente a lo que yo tenía. No conocía a nadie como yo, no había palabras para nombrarme ni información que me ayudara a “entenderme. Crecí con miedo, vergüenza y en soledad. Si en ese tiempo hubiera existido información en la televisión, en las redes o en otros espacios



que me ayudara a comprender quién era, mi vida habría sido muy distinta.

La intersexualidad fue un tema silenciado en mi familia. Muchos de mis hermanos nunca supieron que yo era una persona intersexual; solo dos eran conscientes. Cuando nací, mi cuerpo fue observado por toda la familia, y a partir de eso decidieron lo que yo “debía ser”. Esa confusión llegó incluso a los documentos: mi padre me registró como niña y como niño, y se hicieron dos actas de nacimiento.

Cuando tenía 10 años, mi padre nos envió a vivir con mis abuelos paternos por una temporada que terminó durando tres años. Mi educación fue limitada; solo pude llegar hasta octavo curso y no tuve acceso a estudios universitarios.

En 2014, una situación familiar sacó a la luz uno de mis registros: una de mis hermanas descubrió que yo estaba registrado como hombre, y pensó que se trataba de un error. Más adelante, en 2017, a través de Facebook, comencé a decir públicamente que era una persona hermafrodita, ya que todavía no conocía el término intersexual. Fue en las redes donde por primera vez encontré un nombre para lo que yo era. Ese mismo año conocí a Natasha Giménez, la primera persona intersexual que conocí en mi vida. Ella me invitó al Foro Intersex en Costa Rica, pero no pude asistir porque no tenía pasaporte ni recursos económicos.

Cuando finalmente fui a sacar el pasaporte, las autoridades me pidieron el número de acta y me informaron que yo esta-



ba registrado como Agustín. Ese momento fue profundamente emocionante para mí; sentí una alegría inmensa, como si por fin alguien reconociera quién era.

En 2018 realicé mi tránsito como hombre trans, ya con mis documentos. Este proceso fue muy difícil dentro de mi familia. Hasta el día de hoy, muchos no comprenden ni aceptan mi identidad; para ellos, yo debería seguir siendo mujer. Pero yo nunca me he sentido mujer, ni siquiera cuando me asignaron ese sexo al nacer.

Durante muchos años no pude hablar ni expresarme. Antes había mucha violencia, represión y miedo. Hoy, gracias a las redes sociales y a las luchas colectivas, las personas jóvenes pueden vivir con más libertad. Desde 2018 me siento liberado y feliz. He viajado, he conocido mucha gente y realicé activismo en una organización hasta enero de 2025.

En mi infancia ocurrió algo que marcó profundamente mi vida: cuando yo tenía 13 años, mi madre dio a luz a otra hija intersexual. En mi familia somos dos personas intersexuales. Su condición era muy parecida a la mía. Al haber pasado más tiempo y por haber nacido en un hospital público, los médicos actuaron de otra forma: intervinieron quirúrgicamente su clítoris, y después de los 15 años le realizaron una vaginoplastia.

Mi madre, confiando en que esos médicos eran especialistas, les habló de mí. Entonces me sometieron a una junta médica, me evaluaron y me dieron un año de tratamiento para bajar la testosterona. Desde los 7 años yo ya tenía vello púbico.



Durante todo ese tiempo yo protegía mucho a mi hermana, la defendía y trataba de resguardarla de la mirada de la gente.

Después de ese año de tratamiento, me realizaron una cirugía. A partir de ahí dejé de ser la misma persona. Esa intervención me causó un dolor profundo, físico y emocional, que aún hoy lamento.

Mi experiencia con el sistema de salud en la República Dominicana ha sido muy mala durante toda mi vida. Por eso opté por no acudir a médicos. Soy una persona saludable y me cuido. Si hoy tuviera que ir a un ginecólogo, estoy seguro de que no me atenderían; sería visto como un escándalo. En los baños públicos, en varias ocasiones, noté cómo los hombres me miraban de forma extraña, y dejé de ir por miedo a que me agredieran. Yo no hablaba y tenía mucho temor.

Quiero dejar claro algo importante: nunca utilicé testosterona. Todos los caracteres sexuales masculinos que tengo son naturales.

En la República Dominicana, las personas intersexuales siguen siendo sometidas por el sistema de salud, que recomienda cirugías para “normalizar” cuerpos que ya son normales. Lo que recomiendan es mutilación. Con las personas trans ocurre algo similar: existen muchas dificultades, y la principal barrera es legal. No existe una ley de identidad de género, a pesar de que el activismo lleva muchos años luchando por ella.



A las personas intersexuales adolescentes y, sobre todo, a los padres y madres, les digo: hablen con sus hijos, investiguen, no se dejen llevar únicamente por los médicos. No hay nada que normalizar.

A las personas trans, les digo que se liberen. Existen barreras, sí, pero estamos trabajando para ampliar los derechos. Hay que ser fuertes, libres y felices.

Hoy puedo decir con orgullo: me siento feliz y libre. Me acepté tal como soy y he enseñado a muchas personas que tenemos los mismos derechos que cualquier otra persona.



IZAN BAPTISTA

VENEZUELA



Merecemos ser quienes queremos ser.

Mi nombre es IZAN BAPTISTA, tengo 40 años, mis pronombres son él, y soy un hombre trans e intersexual.

Nací en la ciudad de Barquisimeto, Venezuela, y he vivido aquí toda mi vida. Soy hijo de un matrimonio mayor; mis padres ya eran adultos cuando me tuvieron. Mi madre no sabe leer ni escribir, y considero que esto influyó en que nunca se indagara ni se comprendiera lo que estaba ocurriendo conmigo y con el desarrollo de mi cuerpo, el cual no seguía los parámetros esperados.

Al nacer, fui asignado al sexo femenino y criado como tal. Sin embargo, desde mi infancia sentía que no me identificaba con ese género. A pesar de ello, tuve una infancia tranquila y saludable, y nunca fui sometido a ninguna intervención quirúrgica.

Durante mi niñez no entendía lo que me sucedía. Con el paso del tiempo empecé a sentir que mis padres no me ayudaron a descubrir quién era realmente, aunque hoy comprendo que quizás tampoco contaban con la información ni las herramientas necesarias para hacerlo.



En la adolescencia todo se volvió más complejo. Mi cuerpo comenzó a desarrollarse de una manera masculina, lo que generó confusión tanto en mí como en las personas que me rodeaban. Mis genitales empezaron a ser diferentes y sentí curiosidad por entender por qué. Me comparaba con mis hermanas y mis primas. A los 12 años mi voz se volvió más grave y comenzó a aparecer vello facial.

Las personas me confundían y me preguntaban constantemente qué era, si hombre o mujer. Ese tipo de preguntas, cuando uno no tiene conocimiento ni respuestas, resultan profundamente dolorosas. Yo no me sentía identificado con ninguna categoría y eso me generaba un gran conflicto interno.

Mis padres nunca me explicaron nada. Hasta el día de hoy creo que ellos no saben que soy una persona intersexual. Cuando comencé a notar los cambios en mi cuerpo, mi reacción fue ocultarlo: empecé a esconderme, a no hablar de lo que me pasaba, a guardar silencio.

Entre los 13 y 14 años sentía dolor en la ingle, pero no se lo conté a nadie. Ya en la adultez comencé a buscar ayuda médica, y fue allí cuando empezó uno de los procesos más difíciles de mi vida. En múltiples oportunidades, al acudir a médicos, estos se negaban a atenderme; me miraban con desprecio, con impresión y hasta con repulsión ante mi cuerpo.

Aproximadamente en el año 2016, logré contactar a una doctora gineco-endocrinóloga. Ella nunca utilizó términos como hermafrodita ni intersex. Lo que me dijo fue: “*Lo que está*



pasando es que no tienes ovarios, sino testículos en la ingle". Aquello fue un choque muy fuerte para mí, porque yo había sido criado bajo la idea de que era una mujer. En ese momento no logré asimilar ni comprender que era una persona intersexual.

La doctora me indicó que debía realizarme una vaginoplastia, una clitoroplastia y la extracción de los testículos, argumentando que existía la posibilidad de que desarrollara cáncer. Esa palabra me generó un miedo profundo, ya que había perdido a una hermana por cáncer y el solo escucharla me perturbó muchísimo. Finalmente, solo se realizó la cirugía para extraer los testículos, y por suerte no me sometí a las otras intervenciones.

Después de esa cirugía, mi salud se deterioró gravemente. Comencé a sufrir depresión, ansiedad y problemas óseos. Actualmente debo tomar vitamina D y calcio, pero nunca me explicaron las consecuencias reales de esa intervención. Me indicaron tratamiento con estrógenos, pero no me generaba ningún beneficio y, además, esas hormonas eran muy difíciles de conseguir en mi país.

Siendo una persona intersexual, también enfrenté rechazo social y laboral. Me presentaba como mujer, pero mi expresión de género era más masculina, lo que llevó a que fuera rechazado en al menos dos oportunidades laborales.

Mi transición como hombre trans comenzó hace aproximadamente 10 meses. Este proceso no ha sido fácil, especialmente en mi trabajo actual, ya que tanto el público como los proveedores me conocían previamente como mujer. Mi cambio



fue drástico: cabello corto y un nuevo nombre. Mi jefe, quien es cristiano evangélico, me llamó a su oficina al notar el cambio. Sentí que no iba a entenderme, aunque siempre he procurado respetarlo. Incluso se mencionó la posibilidad de que dejara el trabajo, pero decidí quedarme porque las opciones laborales en mi contexto son muy limitadas.

Soy administrador de empresas. Pude estudiar en una universidad pública en una época en la que mi país aún estaba, dentro de todo, en mejores condiciones. En Venezuela es muy difícil ingresar a la universidad pública. En realidad, mi deseo inicial era estudiar psicología, pero las circunstancias no me lo permitieron.

A lo largo de mi vida enfrenté hostilidad en distintos espacios: en el colegio, en la universidad y por parte de algunos profesores. Sin embargo, sin duda, la experiencia más dura y más violenta que viví fue la médica. Más que la sociedad en general fue el sistema de salud el que más me marcó y me dañó profundamente.

Mi padre falleció y actualmente vivo con mi madre. En cuanto a mi identidad de género, el proceso interno no fue difícil. Hace aproximadamente cinco o seis años comencé a hablar con mi mamá sobre la intersexualidad y también lo hice de manera abierta con el resto de mi familia. Cuando decidí salir del clóset como hombre trans, lo comuniqué con claridad. Mi familia lo recibió muy bien y me brindó su apoyo.



Actualmente colaboro con Brújula Intersexual, organización que conozco desde hace aproximadamente cuatro o cinco años, específicamente desde 2021. Llegué a Brújula a través de internet, buscando respuestas, intentando entender por qué había nacido así. Hasta ese momento, nunca había escuchado la palabra *intersexual*.

Para mí, Brújula fue una luz al final del túnel. Me devolvió la esperanza y me hizo comprender que no todo estaba perdido, que aún había muchas cosas por hacer. Fue a través de Laura que escuché por primera vez la palabra *intersexual*. Ella me invitó a leer su blog y recuerdo haber pasado una noche entera leyendo historia tras historia. Por primera vez encontré relatos que se parecían al mío. Por fin había encontrado algo que me representaba.

Laura me ayudó a entender muchas cosas. Me brindó apoyo psicológico, económico y humano: escuchándome, acompañándome y sosteniéndome en momentos muy difíciles. Gracias a ese acompañamiento, sentí el deseo de escribir mi propia historia en Brújula y convertirme también en parte de esa ayuda que a mí tanto me sostuvo. A través de ella también conocí a muchos activistas intersexuales que me ayudaron enormemente y marcaron profundamente mi camino.

Hoy, al mirar hacia atrás, me doy cuenta de que me hubiera gustado que, durante mi niñez, alguien me dijera que no era un monstruo. Perdí la fe en la vida durante mucho tiempo; incluso llegué a esperar la muerte. Me hubiera



gustado que alguien me dijera que mi cuerpo es hermoso, que no tengo que parecerme a nadie, que ser único también es bello. Muchas veces deseé morirme.

Si pudiera hablarle a una infancia intersexual o trans, le diría: *no estás solo, eres hermoso, quiero ayudarte, aquí estoy. La vida es de mil colores y quiero abrazarte.*

Y hoy quiero decirles a las personas trans e intersex que están leyendo esta historia: escuchen su cuerpo, vivan su vida. La gente siempre va a hablar y a criticar, pero debemos enfocarnos en quiénes queremos ser y en lo que nuestro cuerpo nos pide ser. Ser trans puede ser un camino que duele, especialmente por el miedo al “qué dirán” de la sociedad, pero lo más importante es mirarse al espejo. Si lo que vemos nos gusta, si eso nos roba una sonrisa, entonces ese es el camino.

No miren el “qué dirán”. Es su vida. La vida es una sola, y hay que vivirla y disfrutarla. Hoy me miro al espejo y soy feliz; me abrazo y sonrío. No hay vuelta atrás. No me importa lo que digan los demás.



CANDELA NICOLOSI

ARGENTINA



Somos nosotras y nosotros quienes debemos decidir, para no pasar por mutilaciones ni medicaciones que, a largo plazo, nos causan daño.

Soy CANDELA NICOLOSI, tengo 60 años, vivo en Tañi Viejo, provincia de Tucumán, y soy profesora de flamenco. Soy una mujer trans e intersex y sobreviviente de la última dictadura cívico-militar en Argentina.

Tengo cuatro hermanos y, aunque mis padres se separaron cuando yo era muy chica, tuve una infancia feliz. Desde pequeña supe que era diferente, pero mis hermanos nunca me lo hicieron sentir. Cuando nací, los médicos les dijeron a mis padres que tenía el clítoris más grande de lo normal, bolsas de escroto y un útero infantil no desarrollado. A los pocos días me operaron en el Sanatorio del Norte, con un médico de apellido Ruiz.

Recuerdo que cuando salía a pasear o a hacer compras de la mano de mi mamá, la gente la miraba y le decía: “qué hermosa nena que tenés”, y ella respondía: “es nene”. En el jardín de infantes, las maestras llamaron a mi mamá para decirle que yo tenía un “problema” y que debía ir a un psicólogo porque mi comportamiento no era como el del resto de los chicos. Mi mamá les respondió que esa era mi forma de ser desde que nací.



Con el paso del tiempo, mi desarrollo físico también fue distinto al de los demás. Entre los 5 y los 10 años viví con mi abuela, una mujer italiana con una mentalidad mucho más abierta que la de muchas abuelas de acá. Ella entendía lo que yo sentía y me dejaba usar su ropa: vestidos, joyas, zapatos, maquillaje. Con ella podía ser yo, sin miedo ni vergüenza.

Pero no todo fue bueno. Un hermano de mi mamá abusaba de mí cuando me dejaban sola con él. Yo lloraba, tenía mucho miedo y le rogaba a mi mamá que me llevara a la casa de mi abuela. No me animaba a contar lo que pasaba, aunque mi hermana sospechaba algo por las actitudes que él tenía conmigo. Recién pude hablar de ese abuso cuando tenía 13 años.

Ese mismo año, en plena dictadura militar, fui secuestrada junto con ese tío. A él lo mataron los militares en 1976 y nunca apareció. Testigos del secuestro dijeron que quien se lo llevó fue Antonio Domingo Bussi. Mi secuestro ocurrió cuando fui a comprar al negocio del barrio: un Renault 12 frenó de golpe, bajaron varias personas, me agarraron de los pelos, me pusieron una capucha y me llevaron. Estuve secuestrada durante tres días. Recibí tratos crueles, me hicieron muchas preguntas y estuve encerrada en una pieza de unos 3 por 3 metros, como una jaula llena de hierros. No estaba sola: había muchos niños y niñas, incluso más chicos que yo. Después de esos tres días me liberaron.

Cuando entré a la escuela secundaria, todos mis compañeros comenzaron a atravesar la pubertad, pero la mía era muy



distinta. Eso se notaba y por eso me decían cosas. No tenía ganas de ir a la escuela y mucho menos de asistir a las clases de educación física. Mi mamá sabía que algo pasaba, pero ocultaba la información sobre por qué mi desarrollo era diferente.

No sé si lo hacía para protegerme o porque realmente no entendía lo que me estaba pasando.

Ella decidió llevarme a un médico y me dieron inyecciones de hormonas masculinas. Recuerdo a mi mamá preguntando constantemente si con esa medicación yo iba a cambiar mi aspecto y parecerme más a lo que se esperaba de un adolescente de mi edad. Ese tratamiento duró muy poco.

Entre los 14 y los 15 años empecé a juntarme con otras chicas trans. En ese proceso comencé a usar hormonas femeninas, automedicadas; nos las poníamos entre nosotras. Fue mi primera experiencia con hormonas femeninas. Con el tiempo empecé a usar corpiños. Mi mamá se dio cuenta y me preguntó por qué los usaba, y yo le respondí: “es que tengo pechos”.

En esa época no existía la Ley de Identidad de Género. Todo era muy violento y completamente atravesado por la automedicación. A los 19 años me operé los pechos, pero el médico que realizó la intervención utilizó metacrilato. A raíz de eso, hace unos meses tuvieron que hacerme una mastectomía, ya que ese material estaba provocándome una insuficiencia renal.

La mayoría de las chicas trans con las que me juntaba eran aceptadas por sus familias. En nuestras casas, dentro de todo,



había contención, pero en la calle era otra historia. La policía nos llevaba seguido a la comisaría y nos daba palizas tremendas. Después nuestros padres tenían que ir a buscarnos.

Al llegar a la adultez siempre trabajé. Ejercí el trabajo sexual en Buenos Aires y también realicé colaboraciones artísticas en el teatro de revista en Brasil. Hoy hace 22 años que trabajo en la repartición pública y soy parte de la Secretaría de la Mujer, Género y Diversidad de la Municipalidad de Tafí Viejo, Tucumán. Nunca sufrí rechazo por ser quien soy, en parte porque mi expresión de género muchas veces me hacía pasar desapercibida.

Hoy me genera una enorme satisfacción saber que las nuevas generaciones no van a pasar por lo mismo que yo pasé. No siento rencor, siento esperanza y felicidad. Todo lo malo que viví lo transformé en algo positivo, aunque me hubiera gustado tener más información y que mi mamá me preguntara qué era lo que yo quería y en qué podía ayudarme.

A las nuevas generaciones quiero decirles que luchen por su felicidad, que hablen con sus padres. Uno nace, no se hace. A las chicas más jóvenes, que tal vez no pasaron por lo que pasamos las adultas mayores, les digo que sigan luchando, porque algún día también van a ser mayores. La lucha tiene que ser conjunta, entre adultas y jóvenes, para no volver atrás nunca más.

Y a las personas y familias intersex quiero decirles que hablen, que escuchen testimonios y que no se queden con un solo especialista. Somos nosotras y nosotros quienes debe-



mos decidir, para no pasar por mutilaciones ni medicaciones que, a largo plazo, nos causan daño.





FRANCO PARDENAS

CHILE



Mi nombre es FRANCO PARDENAS, tengo 37 años, vivo en Santiago de Chile y soy una persona no binarie, intersex, con discapacidad. Soy profesore de inglés y actualmente me desempeño como coordinador general de la Comunidad Intersexuales del Pacífico Sur, que trabaja de manera articulada con organizaciones LGBTI+ de Chile.

Fui asignado al sexo femenino al nacer. Durante gran parte de mi infancia y adolescencia asumí responsabilidades de adultez: me hacía cargo de mis hermanos menores en un contexto familiar extremadamente violento. A los 3 años fui ingresado a una unidad de terapia intensiva debido a los golpes que recibía de mi padre, quien ejercía violencia sistemática sobre toda la familia. Muchas veces golpeaba a mi madre hasta dejarla inmovilizada, y yo debía cocinar y cuidar a mis hermanos.

Cuando tenía 8 años, mi familia y yo sufrimos un accidente automovilístico. Mi hermano, de apenas 2 años, murió en mis brazos. Ese hecho marcó profundamente mi vida. La violencia intrafamiliar se extendió por aproximadamente 15 años, hasta que finalmente logramos expulsar a mi padre del hogar.

A pesar de ese entorno, fui un muy buen estudiante. La lectura fue mi refugio; perdí la cuenta de cuántos libros leí. Asis-



tí a un colegio de excelencia y fui campeón de karate, lo que me permitió viajar varias veces a Argentina por competencias deportivas. El deporte literalmente me salvó la vida. Comencé a entrenar para poder defenderme de mi padre, pero lo primero que aprendí fue la disciplina y el control de mis impulsos.

Desde muy temprana edad sentía que había algo en mí que no era igual a lo que veía en las demás personas. Mi cuerpo siempre me indicó que era una persona intersex. Durante mi infancia pensaba que era un niño al que no le había crecido el pene, y asumía que seguramente existían otros niños como yo. Con la pubertad comencé a esconderme: las diferencias con otras mujeres se hicieron cada vez más evidentes. No podía preguntar qué me estaba sucediendo; sabía que hacerlo podía significar golpes. El silencio fue una estrategia de supervivencia. Esa misma violencia me impidió hablar de mi identidad de género.

A los 19 años conocí por primera vez el concepto de hombre trans. En ese momento participaba en una organización de diversidad sexual. En una fiesta se comentaba que asistiría un hombre trans llamado Lucas. Lo saludé y esa experiencia abrió una posibilidad completamente nueva en mi mente. A partir de ahí comenzó un proceso interno profundo respecto a mi identidad de género.

Cometí el error de compartir lo que me estaba ocurriendo con un compañero de trabajo. Una noche, al salir del trabajo, fuimos a un bar. Esa persona puso algo en mi bebida y me violó.



Después de ese episodio intenté suicidarme y fui internado en un hospital psiquiátrico. Nunca denuncié la agresión; recordar ese hecho sigue siendo una gran limitación en mi vida.

A los 25 años me reconocí finalmente con mi nombre: Franco. Mi hermano menor eligió ese nombre, así como yo había elegido el suyo cuando él era pequeño. Decidí iniciar mi tratamiento hormonal, principalmente para modificar mi voz. Apenas un mes después de comenzar, volví al médico y él se sorprendió por la rapidez e intensidad de los cambios físicos. Solicitó múltiples estudios, entre ellos un cariotipo.

Durante los exámenes descubrió una cicatriz en mi pelvis y me recomendó consultar a mi madre sobre su origen. Cuando llegué a casa y le pregunté, ella no respondió directamente, pero me preguntó cuánto costaban los estudios y me ofreció ayudarme económicamente. Fue la primera vez que mi madre me brindó apoyo de esa manera.

Cuando llegaron los resultados, el médico me informó que tenía caracteres sexuales diferentes, que era una persona intersex. Lejos de sentir miedo, sentí un profundo alivio. Había pasado toda mi vida creyendo que había algo anormal en mí, y por primera vez entendí que no era así.

A los 28 años, mientras esperaba en el hospital para retirar mis hormonas, mi visión comenzó a tornarse azul y negra. Lo último que recuerdo es a una persona con bata azul y a mi madre a mi lado. Todo fue confuso: no sabía cómo habían contactado a mi madre ni cuánto tiempo había pasado. Fui



operade del cerebro y permanecí muchos años hospitalizade. Me diagnosticaron neuralgia del trigémino.

El sistema de salud no cubre los medicamentos necesarios para tratar esta condición. En ese momento conté con el apoyo de mi madre, y creo que su ayuda fue una forma de intentar reparar todo lo que me había sucedido. Pasé cuatro años sin poder levantarme de la cama. Actualmente vivo con una pensión mínima de aproximadamente 200 dólares mensuales, y hasta el día de hoy se me dificulta enormemente acceder a mis medicamentos para el dolor.

A las personas trans que leerán este testimonio quiero decirles que se permitan descubrir su cuerpo, sus placeres y su identidad. La autonomía corporal es un tema del que casi no se habla, y es urgente hacerlo. Y, sobre todo, dejemos que les niños vivan libres, sin intervenciones médicas forzadas, con respeto, acompañamiento y amor.



MAGNUS

ARGENTINA



Una persona es más auténtica cuando logra parecerse a eso que alguna vez soñó de sí misma.

Mi nombre es MAGNUS ITURRIOZ PARRA, tengo 32 años y vivo en Resistencia, Chaco. Soy un hombre trans y una persona intersex. Mi historia no es lineal, ni simple, pero es mía, y con el tiempo aprendí a mirarla con más preguntas que certezas, y también con mucha fuerza.

Crecí en una familia grande y estable. Mi mamá es docente, maestra jardinera y titiritera, y mi papá docente, arquitecto y gestor titiritero del Museo del Títere TIBI. Desde afuera podría decirse que tuve una infancia tranquila, y en muchos sentidos lo fue. Nací por parto natural y al nacer me asignaron el sexo femenino. Al poco tiempo del nacimiento, mis padres notaron que tenía una protuberancia en mi vientre de bebé y los médicos les dijeron que debían operarme por una hernia de mi ovario derecho. Esa cirugía dejó una cicatriz que me atraviesa la pelvis. A ellos les explicaron que era para “acomodar” mis partes internas. Yo no era consciente, claro, pero con los años esa marca en el cuerpo no iba a ser la única cuestión entorno a mi identidad y sexualidad.



Desde muy chico me identifiqué con los varones. En el jardín de infantes me llevaba mejor con ellos, jugaba a las bolitas, a las cartas, y ese mundo no me resultaba extraño ni ajeno. Miraba Pokémon y me reconocía en los personajes masculinos. Cuando jugábamos con amigos o con mi hermana, yo siempre era “el hombre” en el juego. Mis padres eran abiertos: en casa no había demasiadas prohibiciones con los colores ni los juguetes. A mí me compraban mucho azul, a mi hermana rosa, pero nunca fue una imposición rígida. Tuve una infancia linda, además atravesada por el arte: mis abuelos eran artistas y crecí entre títeres, pinturas y mucha música. Mi abuela era maestra jardinera jubilada y titiritera y mi abuelo arquitecto jubilado y pintor, vivíamos todos juntos, los seis, en una casa con mis padres y mi hermana menor. Ese mundo creativo que ellos hicieron hogar me marcó para siempre.

La adolescencia trajo los primeros silencios raros. Mi hermana, que es dos años menor que yo, empezó a menstruar a sus 12 años; pasando los años cumplí 17 y a mí nunca me había pasado. Ahí empezaron las consultas médicas. Escuchaba fragmentos de conversaciones entre médicos y mis padres: que mi caso era “uno entre muchos”, que tenía un “desequilibrio hormonal”, que mis “ovarios estaban acostados”. Me dieron un tratamiento con pastillas que debía tomar durante los 28 días para “regularizar” mi periodo. Incluso llegaron a decir que si tenía un hijo también podía terminar de “normalizar mi periodo”. Nadie me explicaba demasiado, y yo tampoco sabía bien qué preguntar.



Desde siempre me gustaron las mujeres. Me enamoraba de profesoras, de las mamás de mis compañeros, de mis mejores amigas. Eso tampoco tenía nombre en ese momento, solo era algo que me pasaba.

Estudié Profesorado en Lengua y Literatura en la Universidad Nacional del Nordeste. Desde los 20 años doy clases y también hago espectáculos de títeres. Siempre tuve una expresión de género muy masculina, y eso generaba confusión, sobre todo en el ámbito educativo. Los chicos me preguntaban si era hombre o mujer. Yo les respondía que eso no era lo importante y les devolvía la pregunta: “¿Ustedes qué ven?”. Y ellos, casi siempre, decían: “Un varón”. Nunca llegué a que me dijeran “profesora”.

A los 26 años, alrededor de 2019, empecé a identificarme como una masculinidad trans. No fue un proceso rápido, pero sí progresivo y firme. A fines de 2020 empecé a nombrarme como Magnus. Salí del clóset como hombre trans cuando terminé la carrera universitaria y ya estaba trabajando. Fue un proceso con muchas capas. Mi mamá fue clave en todo esto. Me escuchó, me acompañó, me validó. Antes nos llevábamos bastante mal, pero después de que pude decir lo que sentía, nuestra relación mejoró mucho. Mi papá, en cambio, al principio se enojó. Me dijo que no entendía y que no quería saber nada del tema. Eso dolió, pero con el tiempo las cosas se fueron acomodando, gracias a mi mamá que le habló mucho. Todo mejoró, aunque no sin tensiones.



En el sistema de salud viví situaciones muy difíciles. Comentarios fuera de lugar, miradas incómodas, médicos que me tocaban con asco. Recuerdo de ir a hacerme un PAP, la médica que me atendió, al responder yo que no había tenido sexo con penetración me contestó muy violentamente “¿o sea qué? ¿Sos virgen?”. Y cuando fui a una primera consulta por la cirugía de masculinización de tórax en el hospital de mi ciudad, un amigo que estaba en la consulta antes que yo, al salir me dijo: “Preparáte, porque ahí adentro hay como nueve residentes que te van a mirar, tocar y sacar fotos”. Me sentí un pedazo de carne, un experimento, no una persona.

Todo eso me llevó a preguntarme qué me habían hecho realmente cuando era niño: esa cirugía, esas pastillas, ese silencio. En octubre de 2025 vino a Chaco Ale López Bemsch, fundador de Argentina Intersex, a dar una charla sobre intersexualidad. Yo ya venía leyendo libros sobre intersexualidad, buscando, tratando de entender mi historia. En esa charla pude contar lo que me había pasado, escuchar otras experiencias, y muchas cosas empezaron a encajar. Recordé situaciones, palabras, sensaciones que coincidían con lo que otras personas intersex contaban. No fue cerrar una herida, pero sí ponerle nombre.

Hoy trabajo como docente y gestor cultural en “La Prensa” LTDA., una cooperativa de trabajo y consumo. Soy el secretario del consejo. Hace dos años estamos en un proceso de reestructuración, ya que en 2023 dejamos de imprimir el diario que se publicaba desde hacía 23 años. Con el gobierno de Milei nos



quedamos sin pauta y con una precarización de múltiples factores de nuestro trabajo. Aprovechamos la dimensión cultural del espacio e hicimos ferias, charlas, encuentros y eventos. Nunca estuvo del todo formalizado, pero ahora estamos intentando darle un perfil más claro, sostenerlo como espacio de encuentro y resistencia cultural.

Mi vida está hecha de muchas capas: la infancia, el cuerpo, la identidad, la expresión, el arte, la educación, el trabajo colectivo. No todo está resuelto, pero hoy en día hace un año ya tengo mi DNI con mi nombre elegido, y siento que puedo contar mi historia y saber que no estoy solo, como yo hay muchos. Eso ya es un montón.



RAYEN DIAZ

CHILE



Mi nombre es RAYEN DÍAZ. Mis pronombres son ella/elle. Tengo 37 años, vivo actualmente en Santiago de Chile y soy profesora de francés. Soy una persona intersexual, persona con discapacidad y me identifico como una mujer trans.

Nací en Chile, en una familia numerosa de seis hermanos y hermanas. Yo fui la cuarta en nacer. Durante mi infancia nunca supe lo que significaba ser una persona intersexual. Solo me dijeron que había nacido “con un problema”, y con el tiempo entendí que probablemente ni mis propios padres tenían información clara sobre lo que eso implicaba.

Mi infancia fue compleja en el ámbito familiar y social. Soy una persona dentro del espectro autista, lo que hizo que socializar fuera un gran desafío. Muchas veces no entendía las reglas implícitas de la convivencia ni por qué se esperaba de mí que actuara de ciertas maneras. Necesitaba —y sigo necesitando— regulaciones y apoyos que en ese momento no estaban disponibles ni eran comprendidos.

En el ámbito escolar el aislamiento fue aún más fuerte. No respondía a lo que se esperaba de alguien de mi edad y eso me dejó muchas veces al margen. Aun así, logré acceder a estudios universitarios y me titulé como profesora de francés.



Toda mi trayectoria académica la viví siendo leída socialmente como hombre, aunque con el paso del tiempo comenzaron a aparecer preguntas y experiencias que siempre habían estado ahí, pero a las que no les había dado el peso que merecían. Por ejemplo, durante la universidad fui objeto de burlas y comentarios por mi cuerpo. Se referían a mis pechos, que eran más visibles de lo que se consideraba “normal”, o a mi cintura, que tenía rasgos asociados a lo femenino. Hoy entiendo que muchas de esas características estaban relacionadas con mi intersexualidad. En ese momento, sin embargo, sólo generaban incomodidad, confusión y violencia.

Después de terminar la universidad, pude reconocirme a mí misma como mujer trans. Ese proceso fue lento y progresivo. Dentro de mi familia, quienes mejor lo entendieron fueron mis hermanos y mis sobrinas. La batalla más dura fue con mis padres, especialmente con mi papá, quien durante mucho tiempo se negó a llamarme por el nombre que yo había elegido. Esa lucha finalmente se resolvió cuando logré cambiar legalmente mi nombre, gracias a la Ley de Identidad de Género aprobada en Chile en 2018 y vigente desde comienzos de 2020.

La universidad, dentro de todo, fue un espacio relativamente más abierto respecto de mis características sexuales. Logré graduarme también porque estaba becada y necesitaba terminar la carrera. Sin embargo, en mi último año sentí con mucha fuerza que no era exactamente lo que quería



hacer con mi vida. Mientras estudiaba francés, descubrí que lo que realmente me apasionaba era la música.

Actualmente dedico una parte importante de mi vida a la música: comencé cantando, luego toqué el bajo en una banda y hoy desarrollo un proyecto solista. En paralelo, trabajo como profesora particular de francés, de donde provienen mis ingresos.

Mi historia familiar también está marcada por las desigualdades educativas: mi papá ingresó a la universidad, pero no logró terminarla, y mi mamá no finalizó la educación secundaria.

Conseguir trabajo siendo una persona trans es un verdadero caos. Las barreras son múltiples y constantes, y el contexto político actual hace que la situación sea aún más incierta y preocupante.

En relación con el sistema de salud, actualmente me atiendo en el sistema público. El Estado cubre mi tratamiento hormonal. Comencé con estrógenos conjugados y luego cambié a otros medicamentos. En Chile, la intersexualidad sigue estando profundamente invisibilizada, y en el caso de las personas trans la atención depende mucho del lugar donde una se atienda. Hoy vivo en la comuna de Santiago, donde la atención primaria ha sido peor que en Maipú, donde residía anteriormente. En Maipú no existía un programa de identidad de género, lo que también generaba limitaciones.



El cambio de registro como persona trans fue un trámite administrativo en mi caso, gracias a la ley vigente; no tuve que hacerlo por vía judicial, como sí ocurrió con mi pareja. Actualmente en Chile existe una circular que recomienda no intervenir quirúrgicamente a las infancias intersexuales. Existe la Ley de Identidad de Género, pero solo permite registrar legalmente las categorías de hombre o mujer.

Si bien hoy no participó activamente en ninguna organización, a lo largo de mi vida he estado vinculada a distintos espacios, principalmente relacionados con la diversidad sexual y de género.

En mi infancia me hubiera servido enormemente saber que era autista. Aunque fui diagnosticada en la infancia, recién me enteré en la adolescencia. También habría sido fundamental contar con información clara y honesta sobre las personas trans e intersex. Me habría gustado poder preguntarles a mis padres por qué no me dijeron la verdad antes.

Recién en 2025 pude hablar con mi mamá sobre la intersexualidad, y entendí que ella también había estado profundamente desinformada cuando todo ocurrió. Esa conversación me permitió comprender que el silencio muchas veces nace del desconocimiento y del miedo, no necesariamente de la mala intención.

Le diría a las personas trans e intersex que van a leer esta historia que busquen información y que se rodeen de personas que estén dentro del espectro trans e intersex. Eso es profun-



damente liberador. Darse cuenta de que una no está sola y de que somos muchas más que ese supuesto 1% del que se habla cambia completamente la perspectiva.

A las personas trans en Chile les diría que, si bien el tema se ha visibilizado un poco más que la intersexualidad, todavía existe mucha ignorancia y violencia. A las infancias trans, especialmente, les recomiendo buscar redes de apoyo y no transitar solas estos procesos.

A las familias, les diría que observen y escuchen cómo evoluciona el bienestar de la persona. Muchas veces las personas adultas proyectan sus propios miedos, expectativas o frustraciones en la infancia, y eso impide un desarrollo pleno y auténtico.

Finalmente, quiero remarcar que somos muchas más personas intersexuales de las que muestran las estadísticas. No existe una sola forma de intersexualidad: puede ser hormonal, genital, cromosómica, entre otras. Reconocer esa diversidad es un primer paso fundamental hacia la dignidad y el respeto.



ALE LOPEZ BEMSCH

ARGENTINA



Amar y odiar mi cuerpo, era mío, pero diferente, no sabía que me sucedía y los cambios con el pasar de los años eran más importantes.

Mi nombre es ALE LÓPEZ BEMSCH. Soy una persona intersexual y un hombre trans de 36 años. Vivo en Tucumán, Argentina. Soy profesor de Geografía y director de la organización Argentina Intersex.

Durante muchos años no supe que mi vida estaba construida sobre una gran mentira. Una mentira sostenida por el sistema médico, que decidió sobre mi cuerpo sin preguntarme, sin explicarme y sin escucharme. Todavía hoy hay profesionales que creen que todo lo que hicieron fue “por mi bien”, aunque jamás me dieron la oportunidad de decir qué quería yo. Hasta los 13 años tuve una infancia feliz. Hacía deportes, jugaba en la vereda con mis amigos y no sabía lo que eran las agujas, los estudios invasivos, las hormonas ni la depresión. Era una niñez libre, alegre. Era una nena sana, inquieta, curiosa, con mucha energía y muchas ganas de vivir.

Con el paso del tiempo empecé a notar que mi cuerpo no era igual al de mis compañeras de la escuela ni al de mis amigas del barrio. Esa diferencia se volvió mucho más fuerte cuando



llegó la pubertad. Mientras ellas veían crecer sus cuerpos de una manera esperada, mi voz se volvía cada vez más grave y mi cuerpo no seguía ese camino que parecía obligatorio. Algo no cerraba, aunque nadie me lo explicaba.

Cuando tenía alrededor de 12 años, mi mamá me llevó a una ginecóloga. En esa consulta me diagnosticaron hiperplasia suprarrenal congénita y me derivaron a un urólogo, especialista en cirugía plástica. Entre ellos decidieron que la mejor opción era operar mis genitales para corregir lo que llamaron una “deformidad”. Nadie me preguntó qué sentía, qué pensaba o si estaba de acuerdo. Simplemente decidieron por mí.

Desde ese momento, mi cuerpo fue intervenido con tratamientos y cirugías médicamente innecesarias. Y con eso, la felicidad de mi infancia se rompió. El dolor, el miedo y la confusión ocuparon su lugar. Aprendí, a la fuerza, a convertirme en otra persona, en “Ceci”. Viví durante años sintiéndome algo raro, algo que estaba mal, algo que debía esconderse. Como si mis particularidades fueran un error que había que borrar.

Tenía muchas preguntas, pero nadie quería responderlas. Las conversaciones sobre mi cuerpo y mi diagnóstico se daban entre los médicos y mi mamá, mientras yo esperaba sola en el pasillo del sanatorio. Esa soledad marcó mi historia. Hasta que un día decidí buscar respuestas por mi cuenta.

Una tarde, navegando por internet, busqué la palabra “hermafrodita”. Era una palabra que había escuchado al pasar en una conversación entre mi mamá y un médico. Así llegué a un



artículo llamado “Mitos y realidades sobre la intersexualidad”, escrito por Laura Inter, fundadora de Brújula Intersexual. Esa lectura fue un antes y un después en mi vida. Por primera vez algo de todo lo que me había pasado tenía sentido. Días después junté el coraje y escribí a Brújula Intersexual. Les conté lo que había leído y también lo que había vivido. Por primera vez hablé con alguien como yo, con una persona que había atravesado experiencias parecidas. Ahí entendí que no estaba solo, que existíamos muchas personas intersexuales, aunque todavía no lograba comprender por qué a nuestros cuerpos se les hacía tanto daño de manera sistemática, sin consentimiento y sin necesidad médica.

En 2020 fui invitado a un encuentro latinoamericano de personas intersexuales en la provincia de Buenos Aires. Allí conocí personalmente a Laura Inter, a Mauro Cabral y a Natasha Giménez Mata, a quienes admiro y quiero profundamente, junto a muchos otros activistas de la región. Ese encuentro cambió mi vida para siempre.

A partir de ese proceso decidí cambiar de ginecóloga y, después de mucha búsqueda, llegué a la doctora Fabiana Reina. Con ella empecé a reconstruir una parte de mi historia que había sido negada y ocultada. Mi relación con el sistema de salud siempre había sido violenta, pero con ella encontré algo distinto: una médica que me escuchó, me creyó y me acompañó. No solo fue una profesional, fue también una aliada.



Después de muchos estudios y análisis, llegó a la conclusión de que mi diagnóstico no era hiperplasia suprarrenal congénita, sino una disgenesia gonadal. En cada consulta había algo dentro mío que quería salir, decirse, gritarse, pero no sabía cómo. Hasta que un día ella me preguntó algo que nadie me había preguntado jamás: qué quería hacer yo con mi cuerpo, ahora que conocía la verdad —o al menos una parte de esa verdad que me había sido negada durante años—.

Le dije que nunca me había sentido “Cecilia” y que me identificaba como un hombre trans. Desde ese momento me acompañó en todo el proceso, y lo sigue haciendo hasta hoy. No la cambiaría por nadie, y eso que conocí muchos médicos cuando viví en Buenos Aires entre 2022 y 2025.

Más allá de este acompañamiento tan amoroso, el sistema de salud en Tucumán sigue siendo profundamente violento con las personas intersex y trans. No pasa solo cuando voy a hacerme estudios o controles médicos. Pasa en todos lados: con el dentista, la dermatóloga, el cardiólogo. En lugar de enfocarse en el motivo real de la consulta, las preguntas se desvían rápidamente hacia mi identidad o hacia las características de mi cuerpo, como si eso definiera todo lo demás.

En mis primeros años como activista intersex conocí a muchísimas personas. Una de las historias que más me marcó fue la de Emily, la integrante más pequeña de nuestra organización. Hoy tiene 8 años. Su mamá llegó a nosotres buscando ayuda porque el mismo médico que me había intervenido a mí quería



hacer lo mismo con su hija: una cirugía no consentida y médicamente innecesaria. Esa historia me confirmó que esto no es algo del pasado, que sigue pasando.

A las familias con hijos intersex quiero decirles que busquen información, que no se queden solo con la palabra de un médico. Consulten, pregunten, busquen segundas y terceras opiniones. Lean, hablen con organizaciones, escuchen a las personas intersex adultas, a quienes sobrevivimos a estas prácticas. A quienes sobrevivimos a la mutilación genital, deseo de corazón que algún día encontremos justicia y reparación por todo lo que nos hicieron. Y a quienes abrieron camino antes que nosotros, a los activistas que pusieron el cuerpo, la voz y sus historias, gracias. Gracias por hacer posible que hoy podamos decir basta y luchar para que esto, de una vez por todas, termine.





LA VOZ POR FIN SUENA A MÍ



Mi nombre es Yess. Tengo 37 años y vivo en Santa Rosa. Soy un hombre trans e intersex, aunque entenderlo me tomó casi toda una vida.

Mi historia no comenzó con una revelación repentina, sino con un niño terco que solo quería jugar fútbol en paz, mientras el mundo insistía en decirme que era otra cosa.

Crecí en una familia rota. Éramos ocho hermanos; dos ya fallecieron. Mi papá tenía un prostíbulo y golpeaba a mi mamá. Esa violencia, tarde o temprano, siempre encontraba la manera de llegar hasta nosotros. En medio de ese caos, mi hermano menor intentó agredirme sexualmente. Cuando se lo conté a mi papá, no le importó. Hoy ese hermano dice ser “cristiano” y no tenemos relación. Mi padre ya falleció... y aunque suene duro, sentí alivio.

No tuve infancia. A los nueve años ya sabía tomar buses solo, hacer mandados, cargaba con responsabilidades que no pertenecen a un niño. Mi refugio fue mi hermano mayor, él me regalaba carritos, me llevaba a jugar fútbol, me defendía cuando podía. Yo odiaba los vestidos largos y coloridos que mi mamá me obligaba a usar. Somos originarios de Esquipulas, Chiquimu-



la, y esa era la norma. Yo me los quitaba apenas podía ponerme pantaloneta y peinarme sencillo. Desde entonces, algo dentro de mí ya gritaba quién era.

Mi papá tenía un prostíbulo, alquilaba aparte una casa para que viviéramos, en el primer nivel estaban las “trabajadoras” de mi papá y en el segundo nivel habitábamos nosotros. Yo no pertenecía a ese mundo, pero lo veía: mujeres llegando de madrugada, pidiéndome favores para irles a comprar a la tienda o dejándome planchar su ropa por unas monedas. No fueron malas conmigo, incluso les vendía tatuajes temporales más caros de lo que me costaban. Ese ambiente se mezcló con mi adolescencia, mientras en la escuela yo trataba de entender por qué mi nombre no me pertenecía.

Siempre me tocó lo más duro, en casa y en la escuela. Soy distraído, inquieto; hoy sé que es TDAH (Trastorno por Déficit de Atención e Hiperactividad). Pero entonces solo decían que “no hacía nada bien”, y por eso me pegaban.

A los catorce años ya sabía que no encajaba en lo que esperaban de mí. Mi mamá lo descubrió cuando supo que yo estaba con una mujer casada. Desde entonces quiso “corregirme”: buscó novios, quiso casarme. En la aldea El Rodeo, donde crecí no había luz, rodeado de campo, el destino estaba escrito: si nacías mujer, debías casarte para asegurar el sustento económico de la familia. Me exigían ser “como Dios manda”.



Yo escapaba a la capital cada vez que podía. Los hombres que ella buscó nunca me agredieron de ninguna manera, pero la presión era constante, sofocante.

A los quince años ya no pudo controlarme. Me persiguió con un cuchillo durante una cuadra entera, quería matarme, me golpeó. Me dijo que llorar estaba mal, y que no llorar también.

Me echó de casa, fui a la basílica buscando alivio, con un nudo en la garganta que parecía culpa. Me confesé, el sacerdote me dijo que yo estaba mal, que debía obedecer a mi mamá. Desde ese día dejé de ir a la iglesia por muchos años.

Me fui definitivamente a la capital. Viví en la calle unos veinte días. Sin guía, sin manos que sostuvieran las mías. Estando en el parque de la parroquia, zona 6, alguien me ofreció trabajo en un club nocturno de la zona 8. Dormía ahí, trabajaba como “pingüino” —por la corbata que usan los meseros—, juntaba propinas. Me aceptaron sin cuestionar mis papeles.

Me llamaban de otros lugares, debido a que era buen trabajador fui a otros departamentos pagaban bien. Ahí también llegaron las agresiones. Recuerdo que estando en San Marcos, cuatro hombres me atacaron una noche, me patearon hasta cerrarme un ojo. Me defendí con una botella rota. Sobreviví, como siempre.

Intenté seguir, pero caí en las drogas, fueron dieciséis años de consumo. Intenté quitarme la vida tres veces: a los 18, a los 20 y a los 22 años. Siempre alguien me encontró, siempre



alguien me llevó al hospital. Decían que tenía ángeles. No sé si es verdad. Solo sé que sigo aquí.

Mi identidad la fui armando solo. En 2025, durante el desfile del orgullo, dos promotores de servicio del Colectivo de Hombres Trans, Trans-Formación se acercaron a mí. Me dieron información. Después les escribí, me vincularon a los servicios que presta el Colectivo. Por primera vez, todo empezó a tener sentido.

La doctora Yusimil Carrazana me hizo estudios. Vio algo que otros apenas intuían: mis niveles de testosterona siempre habían sido altos.

—Eres una persona trans intersex —me dijo.

Fue un alivio tener un nombre para algo que siempre he sentido, que siempre estuvo ahí, entendí algo que llevaba años expresando, la gente siempre me trató como hombre, aunque mi DPI dijera lo contrario. Aunque me cuesta comprender todos los términos, sé que soy un hombre trans intersex.

Recientemente empecé la hormonización, cada mañana el espejo me devuelve un rostro más mío: los rasgos, la voz, la barba que crece —herencia de mi papá—. La disforia sigue, pero ahora tengo acompañamiento, aunque afuera, el mundo duele.

En un centro de salud en Chiquimula, la recepcionista me negó atención. Cuando escuché mi nombre me puse de pie, me dijo que me sentara, que aún no era mi turno. Le mostré mi identificación. Su cara cambió. Me atendieron, sí, pero con



frialdad. El problema siempre es el nombre. Ese plástico que no me representa.

He sufrido discriminación en casi todos los trabajos: “No aceptamos personas como usted”. “Pensamos que era hombre. No, gracias”. Me dicen que cambie mi nombre legalmente, lo he pensado, pero cuesta dinero. Cada mirada en un hospital, cada explicación forzada, me recuerda que no es un capricho, el cambio de nombre es una llave para que el mundo deje de ver un error en un papel y empiece a verme a mí.

Hace un año entré a trabajar en una aguacatera cerca de mi casa. Ahí no me discriminaron. Hablé con recursos humanos, me trataron con respeto. Mis compañeros me tratan en masculino. Trabajo bajo el sol, en el campo, donde mi mente inquieta con TDAH por fin descansa. Hoy soy jefe de un grupo.

Sueño con estudiar barbería, para ayudar a otros a verse como realmente son. Solo llegué a tercero básico, en el instituto me insultaban, me decían “marimacho”. Durante una tarea un muchacho me agarró y me repitió eso con odio, yo siempre evitaba los problemas porque si me quejaba me pegaban en mí.

Hace seis años empecé a vivir como quien soy. Conocí a mi esposa en el trabajo. Ella me ayudó a salir de las drogas, ha sido paciente, con ella rompí los patrones de violencia, nunca le he levantado la mano. Me acompaña en mi transición.

—Ya empezamos, terminemos —me dice.



Tenemos un hijo. Su madre biológica, hermana de mi esposa, murió en el parto. Mi suegra no está de acuerdo con que lo tengamos nosotros, pero nadie puede darle el amor que le damos. Ser padre no es fácil, pero es hermoso. Le he preguntado que si cambio mi expresión ya no me va a querer, él me dice —tu siempre vas a ser mi papá, no importa como te veas—.

Si pudiera hablarle al niño que fui, le diría: *“Échale ganas... porque ¿qué más nos queda?”*

Y a quienes hoy viven con miedo, les digo lo que aprendí tarde: Tu felicidad es tu derecho. No es egoísmo, es supervivencia.

Desde que aprendí a valorarme, mi camino pesa menos. Yo sigo aquí, sigo construyendo. Ya no vivo para quedar bien con los demás. Sigo viviendo como debo vivir: como la persona que soy.



ENTRE LA VIOLENCIA Y LA VERDAD, MI BÚSQUEDA DE IDENTIDAD



Mi nombre es RODRIGO, soy un hombre trans intersex, tengo 28 años y vivo en Ciudad de Guatemala. Nací en un hogar católico; soy el primer hijo y el primer nieto de mi familia. Mi papá trabajaba como médico veterinario, viajaba mucho y no estaba presente en casa, por lo que mi abuelo tomó las riendas y me crió como a su hijo. Él me enseñó el oficio de la mecánica automotriz y, entre todas las cosas que me enseñó, también me enseñó a “comportarme como un hombre”.

Recuerdo que no me gustaba jugar con muñecas; prefería juegos con jacks, avioncitos y pistolitas, y a mi abuelo no le molestaba verme jugar así. Pero todo cambió cuando mis padres decidieron hacerse cristianos. Hubo muchos roces y muchos problemas porque yo no encajaba en lo que su fe disponía que debía ser, ni en el molde social. Empezó a ser difícil, porque siempre lloraba si me ponían vestidos o tacones, o si me peinaban “femenino”. Nunca, nunca, nunca me gustó.

Me negaba a utilizar las prendas “femeninas”. Me decían: “¡Eres una niña y tienes que usarlas! ¿Qué van a decir nuestros amigos?”. Me inculcaron mucho lo religioso, que tenía que pedirle a Dios muy fuertemente para ser “normal”; que tenía



que estar libre de pecado y purificarme para quitarme esas inclinaciones, esos gustos, esa falta de feminidad. Al no hacer todo eso que me decían mis padres, decidieron recurrir a la violencia: me pegaban con palos de bambú, con la escoba, con cables y hasta con la plancha.

Desde muy joven sabía que había algo diferente en mí, pero no sabía cómo nombrarlo. Así que investigué un poco y, en mi búsqueda de respuestas, mis padres se enteraron, me golpearon y tuve que dejar de hacerlo.

La violencia no terminó ahí. Tengo dos hermanas y yo dormía con ellas, pero me aislaron porque creían que podía hacerles algo en la noche por cómo era yo; decían que tenía al demonio metido, que era una Jezabel, que me gobernaba la lujuria, Lilith... todo eso a causa de la religión. Me reprendían y, mientras lo hacían de forma religiosa, también lo hacían con golpes, me dejaban sin comer.

En el colegio tuve a mi primera novia. Fue un gran escándalo, no era aceptado y hubo muchas represalias. Me llevaron con muchas psicólogas; una me dijo que tenía que dejarme guiar por mi mamá porque estaba en crecimiento. Me ponían a leer libros motivacionales debido a los problemas que tenía en el colegio, como si eso fuera por falta de motivación, cuando en realidad eran resultado del trato que me daban. Pero ellos estaban convencidos de que mis problemas eran por mi orientación sexual y mi expresión de género.



En las vacaciones de ese año me internaron para “adecuar-me”, en uno de esos lugares que hacen jornadas de conversión. Fue una experiencia terrible. Todo esto mientras estudiaba en un colegio de monjas. Luego me sacaron y me inscribieron en uno laico, la historia se repitió. Estudié en cuatro colegios y ninguno funcionó, mis padres llegaron a la conclusión de que yo era el problema. No me portaba mal, solo no encajaba ni cumplía con los estereotipos de lo que “debía ser una mujer”. Por esos problemas me aislaron y me dieron educación en casa.

Sumando a ello que un primo del lado de mi papá me agredió sexualmente. Nunca lo mencioné; solo lo hablé con una terapeuta. Ella me dijo que era bueno decirlo, pero como ya había pasado mucho tiempo, no creí pertinente hacerlo con mi familia. Ya que antes de eso, dos primos intentaron besarme, lo dije, pero al final a quien golpearon fue a mí. Por eso también tomé la decisión de no contar la agresión sexual.

Todo esto me hizo sentir en conflicto conmigo mismo. Tuve dos intentos de suicidio; me llevaron al hospital y me hicieron lavado estomacal. Tuve tendencias a la autoflagelación, me lastimaba para quitarme esas ideas y frustraciones de no encajar, la lucha entre lo que sentía y lo que decían que estaba bien y lo que yo no podía dejar de ser. Tenía psiquiatra y tomaba tratamiento médico, los cuales dejé.

Lo que sucedió fue un trago amargo que me impidió tener intimidad por mucho tiempo. Pero cuando lo logré, mis parejas, femeninas, me decían: “Mira, ¿eso qué onda?, ¿por qué se



ve diferente?”, me cuestionaban “¿Por qué es tan grande? ¿Por qué tiene capuchón?”. Al momento de excitarme sentía mucho malestar por el roce. Pensé que era por una infección o porque no me limpiaba bien. Eso me hacía pensar en todas las veces que mi mamá me decía que se sentía culpable por lo que yo era. Ella mencionó que muchas veces, cuando era pequeño, hasta los 11 años, tuve terapia hormonal, ya que los doctores le dijeron que tenía pubertad precoz y que podía quedarme de estatura baja o desarrollarme antes. Como la terapia era muy cara, me la aplicaban una o dos veces por semana; después cambió a cada dos meses. Le decían a ella que eso era para que yo me desarrollara “adecuadamente”, física y morfológicamente, ya que mis genitales se veían diferentes. Mi mamá tuvo que notarlo; ella me cambiaba los pañales.

Crecí sin respuestas hasta que cumplí 26 años, cuando encontré al Colectivo Trans-Formación. Sus actividades me ayudaron mucho y además me brindaron información valiosa. La doctora Yusimil Carrazana fue quien me dio respuesta a toda esta incógnita. Fue con un estudio que me realizaron que ella pudo determinar que soy una persona intersex. Siempre tuve curiosidad, le comenté que mi clítoris es más grande, tiene prepucio y cabeza, se sale de los labios y además tengo vello abundante en el rostro, debo rasurarme al menos una vez por semana, eso sin estar en terapia de reemplazo hormonal masculinizante. A pesar de que estudié medicina nunca nos enseñaron sobre el tema intersex; solo nos dicen que hay personas “hermafroditas”, pero no profundizan en ello.



Esto me ha permitido darle más sentido a lo que soy y a quién soy: no solo una idea confusa, sino alguien real, valorado, que existe, que es visible y palpable. Decir que soy válido, no —como dicen— una aberración del diablo.

Actualmente estoy retomando mi proceso de sanación con el apoyo de la psicóloga del Colectivo de Hombres Trans, Trans-Formación. Me siento culpable luego de saber quién soy, porque durante mis estudios de medicina, cuando atendí partos en el área de ginecología, vi ciertas similitudes con lo que la doctora me mostró, y me sentí partícipe de la ignorancia que existe. Una vez, en un parto, al nacer el bebé, la doctora residente dijo que presentaba un edema en la vulva. Yo le dije que, para mí, era más un saco escrotal, pero ella respondió que no, que con el tiempo se iba a quitar, fue frustrante no poder hacer más en mi intervención, ya que luego catalogan en los registros lo que más se parece según el criterio médico, femenino o masculino. Me he prometido que, si hay algún caso similar, daré las herramientas necesarias para explicar que es normal, para evitar la mutilación sin consentimiento previo del niño y para que no pase lo mismo que a mí me pasó.

Como me sucedió en Santa Catarina Pinula donde hay una clínica de la mujer. Quería que me hicieran un ultrasonido pélvico y me lo hicieron intravaginal, lo cual fue bastante incómodo. En ese momento, el doctor que me atendió no me dio opción ni me explicó mayor cosa; solo me dijo que era así por ser “mujer”. Considero que fue un tipo de agresión sexual,



ya que solo me dijo “abra las piernas” y ya. En ese momento no denuncie por desconocimiento, no es fácil que hagan algo las autoridades.

Al relatar mi vivencia, creo que hacen falta más campañas para dar a conocer el tema, brindar herramientas a los padres y dar charlas al personal médico que controla y clasifica la identidad desde el nacimiento, para que la niñez tenga mejores oportunidades de vida.

Mi familia acepta que sea una persona bisexual, pero no mi identidad de género me da miedo que lo sepan por todos los antecedentes que viví con ellos, no sé cómo lo tomarán. Tengo una expresión de género no binaria. Incluso tengo medidas preventivas para que mi papá no se acerque a mí, ya que tomé la decisión de ir a la policía y denunciarlo, dos veces me mandó al hospital debido a los golpes que me daba. A pesar de ello, sigue haciendo comentarios como que soy feo o que no le gusta el corte de mi pelo, y mi madre es más ambigua en el tema.

Expresar quién soy ha marcado varios aspectos de mi vida. Cuando estudiaba, había otras compañeras con expresión masculina; ellas no me rechazaban, pero cuando se enteraron de que tenía novia, sí. Es el reflejo de los pensamientos de los padres en los adolescentes, por ello se dan situaciones de discriminación. Afortunadamente, en la universidad no tuve estas limitantes.

Pero de vuelta en la sociedad es donde se enfrentan cosas más duras: las miradas que juzgan, los gestos de señalamiento,



las actitudes groseras y la discriminación. En lo laboral, pude conseguir trabajo como médico, pero tengo serios problemas con mis compañeros, ya que he recibido mucha discriminación, la cual es muy palpable, meten cosas en mi comida —como una babosa, casi me la como—, me ponen apodos, entre otras muchas cosas. Uno ya no puede trabajar en paz; ya no puedo enfocarme solo en lo que tengo que hacer, sino en vigilar que no me perjudiquen o que no hablen mal de mí con los jefes porque me pueden despedir.

En el trabajo he tenido muchas confrontaciones, trato de resolverlas una a una, y eso que no saben de mi identidad de género, solo con lo que perciben, por cómo soy o cómo me veo. Me reservo muchas cosas; solo soy yo mismo con personas de confianza. Mi novia es quien me motiva a seguir cortándome el pelo, a ser yo, porque sabe que me gusta así, aunque en mi trabajo me tengan de apodo “la pelona”.

Puede que, si tuviera un cambio de nombre, las cosas fueran diferentes, pero me da miedo, sobre todo porque en Guatemala no hay leyes que protejan a las personas trans intersex. Considero que hay más leyes que nos atacan, sumado a la desinformación, la ignorancia y el peso de lo religioso. Quienes me han acompañado en este proceso han sido el Colectivo de Hombres Trans, Trans-Formación y, más recientemente, Mujeres Transformando el Mundo, mediante el juicio de conciencia para hablar sobre el acoso sexual que vivimos los hombres trans en el país.



Como persona trans intersex le diría al Estado que no es justo que, por no cumplir con sus estereotipos de género social, se nos niegue la existencia. Somos reales, tenemos derechos, merecemos respeto y necesitamos protección en todos los aspectos. Somos parte de la población, vivimos en condiciones de vulnerabilidad, enfrentamos situaciones críticas y discriminación, y se nos violan los derechos humanos.

No estamos haciendo nada malo ante la sociedad; nos sostenemos por nosotres mismos. Muchas de nosotres somos profesionales que apoyamos a nuestras comunidades. Somos personas valiosas y debemos velar por nuestro bienestar integral.

A mis pares les digo que, por vivir con miedo e inseguridades y por darle gusto a otras personas, no vivimos nuestra propia vida. Al final, el tiempo se va y no hacemos nada por nosotres. No se puede vivir para complacer a la sociedad. Que cada persona viva como quiera, sin dañar a nadie. Que podamos ser libres, amar y vivir la vida que nos pertenece. Si tienen dudas, acérquense a espacios seguros como el Colectivo de Hombres Trans, Trans-Formación, busquen información y respuestas. Ninguna duda es tonta.

Somos reales, tenemos derecho a conocer y entender nuestro cuerpo, a aprender a sentir y a perder el miedo para disfrutar nuestras relaciones, incluso las sexuales, porque no está mal. Tenemos voz y podemos hacer las cosas diferentes. La vida es una sola y se va en un abrir y cerrar de ojos.



IDENTIDAD, RESISTENCIA Y VERDAD



Mi nombre es FERNANDO, tengo 61 años, nací y vivo en la ciudad de Guatemala. Crecí rodeado de mi familia: mis papás, abuelos y tíos eran mi núcleo familiar. Desde pequeño, aunque me veían como una niña, yo sabía que no lo era. No me gustaba la ropa femenina ni los juguetes que me daban. Mi abuelita me cuestionaba: “¿Por qué naciste tan *machetón*?”. Lo decía porque era brusco, inquieto, fuerte. Yo no entendía por qué me pedían que fuera algo que no sentía.

A los ocho años nos mudamos a Mazatenango. Viví primero con mis abuelos y luego con mis papás. Siempre tuve una inclinación clara hacia lo masculino. Me gustaba jugar capirucho, cincos, básquetbol, fútbol y matado, que eran juegos y deportes de fuerza. Mis amigos eran niños. Nunca me sentí cómodo con lo que esperaban de mí como “niña”.

Mi mamá murió cuando yo tenía nueve años. Mi papá se volvió a casar y, cuando conocí a su nueva esposa, ella pensó que le iba a sacar los pulmones (risa nerviosa), porque la saludé muy fuerte, le apreté la espalda. Mi madrastra me obligaba a dejarme el pelo largo, a tener las uñas cuidadas, a usar ropa femenina y a no usar playeras o camisas tipo polo. Accedía a lo que ella decía para evitar conflictos, aunque me dolía. Yo jugaba



con mi hermano menor, era feliz porque los dos jugábamos fútbol y carritos.

Estudié en un colegio de monjas, donde las normas religiosas reforzaban la idea de que yo era “pecado”. A veces deseaba que viniera un extraterrestre y me transformara en quien yo sabía que era. En la universidad conocí a un amigo. Mi familia pensó que casarme con él sería “la solución” y, para estar bien con ellos, acepté. Me casé a los 25 años, pero fue una experiencia dolorosa. La intimidad me generaba rechazo, angustia y asma; dormía con pants porque no quería que me tocara. Un día le comenté esto a mi madrastra y me dijo: “¿Por qué no lo haces con un viejo?, tal vez te gusté más”. La verdad, me sentí mal, molesto y decepcionado; sentía que me hundía y que no podía salir de ese hoyo.

Me sentía violentado dentro de ese matrimonio, aunque él no tuviera malas intenciones. Yo no quería hacerle daño, pero tampoco podía seguir negándome a mí mismo. Le conté la verdad: que no era feliz, que mi identidad era otra, que yo no estaba contento. Él quiso ayudarme, pero entendí que prolongar esa situación solo causaría más daño.

Me separé luego de un año de casados. Haber aceptado estar con él fue por miedo, por no asumirme, por no tener el coraje de enfrentar a mi familia y a todos esos mandatos morales. Después de esa vivencia me realizaron un examen médico llamado *histerosalpingografía*. Descubrieron que tenía una trompa completamente obstruida y la otra con mínima



posibilidad de funcionamiento. Mi anatomía interna estaba distorsionada, nunca me dijeron que era intersex, en ese momento pensaba que tal vez, si tenía un bebé, podría llenar esos espacios afectivos, porque uno se siente solo. Además, estaba la presión de mi familia para que fuera un cuerpo gestante, pero tampoco era algo que se pudiera hacer. El doctor solo me dijo: “Aunque no se puede así, hay muchos métodos para lograrlo”. Desistí a esa idea.

Mi pareja recibió un curso de derechos humanos y ahí conoció a alguien que le comentó que había un Colectivo que trabajaba con personas como yo. Me dijo: “Llama a Alex Castillo”. Lo llamé y me invitó a una actividad; en ese momento yo tenía 50 años. Cuando conocí a Alex, me dio la bienvenida al Colectivo de Hombres Trans, Trans-Formación. Tuve una reunión con ellos donde llegaron incluso personas de El Salvador y no podía creer que escuchaba historias similares a la mía. Por primera vez sentí que encajaba. Ahí entendí que no estaba solo.

Yo toda la vida supe que era diferente, pero nombrarme hombre trans fue algo que hice ya de grande. Asumirme de esa manera fue liberador: ser yo, ser lo que venía gritando desde pequeño. Nunca me sentí cómodo con etiquetas como “lesbiana” o, en mi época, “marimacho” o “machito”. Yo decía: “No quiero ser eso, yo quiero ser hombre”.

A quien le conté primero fue a mi hermano, con quien tenía más confianza, porque había visto todo mi proceso desde pequeño. Pero él se lo dijo a mi papá. Mi papá me cuestionó y



yo le dije que ya estaba grande, que había intentado de todo, incluso casarme, y que no podía seguir viviendo así. La religión tuvo mucha influencia: me decían que por ser así no iba a ganarme el cielo. Aunque mi papá no me aceptó del todo, entendió que no podía seguir negándome. Mi hermano dejó de hablarme por tres meses, porque tuvo que pasar su propio proceso de duelo, pero luego también me aceptó. Mis abuelos ya habían fallecido.

Mi familia, aunque conservadora, terminó por respetar mi decisión y quién era. No todos lo celebraron, pero yo ya había tomado las riendas de mi vida. Mi pareja actual, una mujer heterosexual cis, me apoyó desde el inicio. Se sintió más cómoda conmigo cuando asumí mi identidad. Su familia también me aceptó y con ella he vivido un proceso de respeto y acompañamiento.

Recientemente la doctora Yusimil, del Colectivo de Hombres Trans, Trans-Formación, me informó que soy un hombre trans intersex. Ella me evaluó y revisó mis exámenes médicos. Actualmente vengo saliendo de un proceso de cáncer, lo vi como algo que me tocó vivir. Nunca pensé que fuera un castigo de Dios por ser quien soy, porque la genética es así y no es mi culpa. Afortunadamente ella fue quien lo detectó a tiempo, siempre ha buscado la forma de apoyar a la población trans. Lo digo, porque antes del tratamiento, yo solía tener mucho vello, pero la quimioterapia me botó el cabello. Me tenía que rasurar, aun sin estar en terapia de reemplazo hormonal para



masculinizarme, y me sentía bien así. De joven me molestaban porque tenía las piernas muy peludas, me decían que parecía mono. Recuerdo que, cuando era pequeño, por el uniforme que utilizaba mis compañeros me decían “marimacho”.

No ha sido fácil, en la universidad inicié la carrera de Auditoría, pero dejé los estudios para dedicarme a mi negocio. Al empezar a trabajar ya podía vestirme como quería, camisas con botones, pantalones; pero de grande, al hacer el cambio de nombre, ya no me daban trabajo. Hoy tengo un emprendimiento sobre venta de productos varios y en bienes raíces. Como mi expresión es masculina, muchas personas no preguntan. Pero sé que, si supieran mi historia, algunas personas se alejarían y me discriminarían. Ya me ha pasado con amistades evangélicas que me ven como “el demonio”, y eso me ha llevado a construir nuevos círculos.

En el sistema de salud público he observado que tiene muchas limitaciones para personas como nosotros, lo he vivido con mi situación de salud. A veces me miran raro y he enfrentado muchas barreras. Cuando me operaron por cáncer papilar en 2019 necesitaba un electrocardiograma. Fui a la Asociación Pro-Bienestar de la Familia (APROFAM), pero como mi Documento Personal de Identificación (DPI) aún tenía mi nombre anterior —porque estaba en trámite el cambio— el cardiólogo se negó a atenderme y me pidió que me retirara. Con apoyo del Colectivo de Hombres Trans, Trans-Formación, y de Derechos Humanos, APROFAM me pidió disculpas.



Desde entonces han mejorado su trato hacia personas trans. Gracias a un proyecto del colectivo, nos dieron la oportunidad de realizarnos laboratorios gratuitos y se aseguraron de que el trato fuera el adecuado en las instalaciones de APROFAM.

Debido a ello, el no tener el cambio de género en la identificación ha sido una de las mayores barreras. Por eso, cuando obtuve mi cambio de nombre me sentí feliz, aunque me duele que no exista una ley de identidad de género en Guatemala. Creo que la presión de las iglesias ha frenado ese avance. Incluso he escuchado a pastores decir que nunca van a aceptar a un niño así hasta que crezca y “quiera hacer lo contrario”.

Puedo decir, soy un hombre trans intersex adulto mayor, lo que representa nuevos retos. No tengo hijos y me sostengo con mi trabajo. Si pudiera hablar con el presidente, le pediría que impulse una ley de identidad de género; que se respete nuestra Identificación personal; que en el sistema de salud no haya discriminación y se nos proporcionen los medicamentos necesarios, así como yo, debo tomar medicina para la tiroides siempre. Que se garanticen nuestros derechos laborales.

Socialmente, hay que decir que no se impongan los roles de género; que los niños y niñas puedan jugar con lo que se sientan cómodos. Por experiencia propia puedo decir que se sufre mucho cuando te obligan a encajar en un sistema que no es el tuyo. Cada persona es diferente. La violencia que vivimos puede llevar a alguien a quitarse la vida, muchos compañeros han intentado suicidarse. Hay un desconocimiento



total desde el entorno familiar en el que uno nace, y todo eso se va acumulando. Por eso es importante tomarnos en cuenta, llevar nuestra voz, nuestras vivencias y procesos, para que ayuden a otras personas y no tengan que vivir toda esa angustia y discriminación.

A mis pares quiero decirles, en primer lugar, que sean felices con lo que son, con la identidad que tienen, conforme se sientan a gusto. Afortunadamente existen lugares como el Colectivo de Hombres Trans, Trans-Formación, donde pueden sentirse cómodos y entender que no son las únicas personas a las que les sucede esto. Uno piensa: “Soy el único con este problema, yo soy el que no se siente bien”, pero no es así. Somos muchas personas en Guatemala y en el mundo.

Si yo hubiera tenido apoyo desde niño, me habría evitado mucho sufrimiento. Los niños saben quiénes son, yo lo sabía, solo necesitaba que me dejaran ser. Unamos la voz para que otras personas no vivan lo que nosotros hemos vivido y puedan sentirse cómodas y felices.



NO VIVAN PENDIENTES DE LOS OJOS AJENOS



Mi nombre es SALOMÓN. Tengo veintinueve años y vivo en la Ciudad de Guatemala. Vengo de una familia judía sefardí y lenca. Somos unidos, mi madre es psicóloga lo que me ayudó a crecer con herramientas de inteligencia emocional y empatía; mi padre es herrero industrial, lo que en mi niñez me acercó de cierta forma a un mundo considerado masculino, pero desde la visión dulce y comprensiva.

Aunque crecí en un hogar religioso, la fe nunca fue un látigo. No se hablaba mucho de la diversidad sexual, pero tampoco se nombraba pecado. En mi casa, imperaba una ley sencilla: “lo que se ve, no se pregunta”, como decía *Juan Gabriel*.

A pesar de nuestras raíces, mi mamá amaba la Navidad. Decoraba la casa, hacía ponche y pavo, nos compraba regalos. Para mí, esa época era una mezcla de luces y confusión. Las compras navideñas significaban enfrentarme, una vez más, a los pasillos donde los juguetes estaban divididos como si el mundo fuera una línea recta: de un lado, lo que yo deseaba; del otro, lo que me permitían. Siempre quise las figuras de acción, las herramientas de construcción, la ropa que no llevaba flores ni colores pastel. Siempre me dijeron que no.



Mis hermanas y yo crecimos casi al mismo ritmo, y mi madre solía comprarnos todo igual, por lo que siempre nos mirábamos como tres niñas lindas. Sin embargo, la mirada de mi madre era progresista, los trastecitos no eran para enseñarnos a ser esposas, sino personas independientes; pero, aun así, no lograba entender el temblor que yo llevaba dentro. En las reuniones familiares miraba a mi primo abrir sus regalos, y mi corazón se entristecía al ver que le regalaban lo que yo quería.

Para mi madre, aquello era una confusión infantil. “Son niños, no saben lo que quieren.” En cambio, mi padre, era otra historia. Criado en un hogar conservador y roto, eligió ser un hombre distinto. Me dejaba entrar a su taller, me enseñaba a moldear el metal, a fabricar cosas pequeñas con paciencia infinita. Me miraba explorar sin corregirme. Me decía, sin decirlo, que estaba bien ser quien era.

Hubo también voces ásperas. Un abuelastro, padrastro de mi madre, que llamaba “machorra” y pedía correcciones. Mi mamá discutía con él. Mi papá lo ignoraba y me aconsejaba que lo ignorará también.

Nunca me senté con mi familia a anunciar mi identidad de género. No hubo ceremonia ni discurso. Simplemente empecé a vestirme como quería, a moverme como me gustaba, a existir sin pedir permiso. No soy una persona de masculinidad rígida, no me interesa actuar para caber en una masculinidad aburrida.



En el colegio encontré algo parecido a un espejo, las mariquitas. En primaria, un niño afeminado y una niña que parecía comprender sin preguntar. En mi adolescencia, tenía amistades marcadas por Lady Gaga. En la universidad, los círculos se ampliaron, pero yo seguía prefiriendo a las maricas. Internet fue mi otra escuela. Allí encontré la palabra “trans”, Reddit, Hi5, foros en Tumblr, RuPaul’s Drag Race, la música de The Gossip y Le Tigre. Allí supe que existía, allí aprendí a nombrarme.

Estudié diseño gráfico. Recuerdo que, para la foto de promoción, no llegue lo más arreglado pues no quería maquillarme, la secretaria me hizo un comentario desagradable y decidí desafiarla, el día de la graduación llegue con tacones enormes, pestañas postizas exageradas y labial rojo: mi pequeño manifiesto contra la feminidad impuesta.

Pero esta presión se hizo más grande en la Universidad, que decidí performear la feminidad impuesta de la que tanto me burlé, durante ese periodo decidí ser una “muñequita”, a pesar de ello estaba seguro de que no quería ser madre, me cuestionaron eso en el colegio preguntando ¿Quién me cuidaría de viejo? Respondí, que yo mismo o un asilo. La maestra se molestó. En ese tiempo, que intenté encajar en lo que la sociedad me imponía, mi madre lo notó, y al igual que yo, se sentía confundida. Fue cansado. A los veintiún años dejé de huir de mí. Ella lo entendió sin palabras: cambió los regalos, cambió los gestos, respetó mi silencio. Algún día quizá lo diga en voz alta a



mi familia. Sé que no me rechazarían. Simplemente no siempre se tiene energía para explicar lo profundo.

El mundo laboral fue más cruel. Rechazos silenciosos, entrevistas sin respuesta. En la municipalidad aprendí ironías. En el Ministerio de Salud conocí el desprecio: compañeras hostiles, jefes misóginos, un viceministro que quiso corregirme con maquillaje. Hoy trabajo en comunicación digital en un espacio donde se respeta mi identidad.

Mientras que en salud he tenido suerte, afortunadamente no he tenido que acudir al sistema de salud disfuncional de Guatemala, y el Colectivo de Hombre Trans, Trans-Formación ha sido mi refugio médico, gracias a la Dra. Yusimil supe también que soy intersex, lo confirmó con exámenes: niveles altos de testosterona, un cuerpo que nunca siguió las reglas. No fue una revelación dramática. Solo otra pieza del rompecabezas. Pero incluso los baños públicos son territorios de vigilancia. Entro rápido, respiro hondo, salgo.

Pienso que ser trans e intersex en Guatemala no es fácil. En los hospitales, en las calles, en los formularios. De ahí es que yo elijo mis batallas. No discuto con la señora de la panadería si me dice “señorita”. Ella no es el problema, el problema es estructural. La ignorancia, esa enfermedad nacional que solo se cura con educación y organización política.

Mi historia me ha enseñado que la información salva. Que las infancias necesitan padres con el corazón abierto. Que el mundo cambia. Y a quienes caminan este mismo sendero, no



esperen permiso para existir. No vivan pendientes de los ojos
ajenos, la paz nace cuando uno se nombra a sí mismo.



NOMBRARME HOMBRE TRANS FUE UNA DE LAS EXPERIENCIAS MÁS BONITAS



Me llamo LUCCA, tengo veintitrés años, vivo en Quetzaltenango, soy un hombre trans, intersex y heterosexual. Mi infancia fue bastante libre, en mi casa nunca existió la idea de que los juguetes tenían género, mis papás me compraban carros, pelotas, muñecos, lo que yo quisiera. Siempre hubo comunicación, aunque en ese momento nadie sabía que más adelante me identificaría como una persona trans.

A los 14 o 15 años empecé a notar que me llamaba la atención “lo masculino”, los cortes de pelo, la ropa, los tenis, las sudaderas. Escuché a un hombre trans de España que contaba su proceso y encontré muchas similitudes con lo que yo estaba viviendo, entonces lo entendí: eso era yo. No sabía bien cuál era la palabra para identificarme, porque las mujeres trans han sido históricamente más visibles. Empecé a investigar en internet qué era una persona trans, transexual o transgénero, ahí fue donde me descubrí y el poder nombrarme —hombre trans—, fue una de las experiencias más bonitas.

A los 18 años me corté el pelo por primera vez. Fue un cambio fuerte, no solo físico, sino también emocional. Fue uno de los cambios más notorios después de haber llevado



el cabello largo durante años. Mi familia decía que no daba señales de ser trans cuando era pequeño, pero yo sabía que ese corte marcaba el inicio de algo mucho más profundo. A esa misma edad me independice, no le gustó la idea a mi familia, ser hombre trans y tener que valerme por mí mismo. Me dijeron que así no me iban a contratar, no solo por “eso”, sino porque tenía tatuajes, que me había arruinado la vida. Nunca me dijeron directamente “eres trans”, sino frases como “saliste así” o “saliste algo mal”, como si se tratara de un error.

Mi identidad de género nunca fue una enfermedad. Aun así, los conflictos familiares duraron mucho tiempo, para ellos el ser un hombre trans era como una gripe, algo que se pegaba. Hubo discusiones, culpas y silencios marcados por la religión.

Investigando más encontré al Colectivo de Hombres Trans, Trans-Formación, que ya desde hace algunos años se han convertido en la voz de muchos de nosotros. Existen varias organizaciones, pero desde mi punto de vista, esta ha sido la única enfocada específicamente en hombres trans.

Fue el Colectivo Trans-Formación quien me ha apoyado a poder nombrarme. Primero lo hice en redes sociales y luego lo llevé al Documento Personal de Identificación (DPI). Ese cambio me dio libertad, fuerza y honestidad conmigo mismo. Hoy, aunque le cuesta, mi mamá me llama Lucca. Eso ya es un primer paso, uno está en la vida para ser feliz. No podía seguir atrapado en un cuerpo que no sentía mío ni en un nombre que



no me correspondía. Hoy vivo solo y eso me ha dado libertad para decidir cómo vivir.

El cambio de nombre fue también el inicio de otro descubrimiento: saber que soy una persona intersex. Tras exámenes médicos y acompañamiento de la doctora Yusimil Carrazana, entendí por qué algunas cosas en mi cuerpo no coincidían con lo que se espera socialmente. Para mí fue una respuesta, un alivio y un plus identitario.

Actualmente trabajo como guardia de seguridad en una discoteca. He escuchado comentarios *transfóbicos* y he defendido el derecho de todas las personas a existir sin ser violentadas. Uno de los mayores problemas que enfrento es el uso de los baños públicos. Muchas veces debo usar el de mujeres y eso genera miradas incómodas. En la capital me siento un poco más seguro, siento que las personas no prestan mucha atención a lo que uno es.

Ya que la violencia está en todos lados, estudié perito en publicidad y viví experiencias de discriminación. En el sistema de salud también he enfrentado situaciones de desconocimiento. Considero urgente una Ley de Identidad de Género en Guatemala que permita un trato digno y acorde a quienes somos.

Internet fue una herramienta clave en mi proceso, pero siempre es necesario acudir a fuentes confiables y buscar acompañamiento psicológico. Así como yo sé quién soy, eso es lo que importa. Gracias a mi novia y al Colectivo de Hombres



Trans, Trans-Formación, encontré un espacio donde puedo ser
yo, sin miedo.

TRANSICIÓN, INFORMACIÓN Y COMUNIDAD



Me llamo AMIEL LUCAS, tengo veinticinco años, nací y vivo en la Ciudad de Guatemala, soy un hombre trans heterosexual e intersex.

Cuando pienso en mi infancia, lo primero que recuerdo es que viví entre dos mundos: la casa de mis papás en Amatitlán y la casa de mis tías en la ciudad. Mis papás trabajaban, así que después del colegio me quedaba con mis tías hasta que ellos llegaban por mí. Mi hermana se fue de la casa cuando yo tenía unos once o doce años, así que crecí prácticamente solo con mis papás.

Mi relación con mis padres fue buena, a pesar de que mi papá era estricto y yo algo rebelde, eso nos hacía chocar. Pero también tengo recuerdos muy bonitos: él me hacía barriletes y salíamos a volarlos. Mis papás siempre me impulsaron; me inscribieron en cursos de arte, natación y fútbol. Tuve una infancia alegre, una infancia de niño.

Y digo “de niño” porque desde muy pequeño yo ya sabía que algo no encajaba. No me gustaban los vestidos, ni los *chonguitos*, ni las cosas “de niña”. Yo quería jugar fútbol, montar bicicleta, ver lucha libre; me creía *John Cena*. Mientras mis



compañeras jugaban con Barbies, yo estaba con los niños. Era natural para mí, aunque no tenía palabras para explicarlo. Mis papás, sobre todo mi mamá, a veces intentaban que yo usara ropa “de niña”, pero al final siempre me dejaron ser. Me daban opciones, pero si yo no me sentía bien, no me obligaban.

Toda mi primaria la estudié en un solo colegio. Desde que yo tenía dos años, cuando empecé el kínder, los maestros, los directores y todos ya me conocían. Sabían que yo estaba en el equipo de fútbol de “niños” y no tenían ningún problema con eso. Hasta que, en quinto primaria, unos muchachos de tercero básico me decían: “Es el niño sin *paloma*”. Me dolió lo que dijeron y me hizo entender que vivo en un país muy conservador. Antes de eso todo estaba tranquilo, aunque siempre existió el miedo de que me hicieran bullying.

En la adolescencia fue otra historia. Entre los 13 y 16 años entré en una etapa de negación. Mi cuerpo empezaba a cambiar y yo trataba de convencerme de que tenía que ser una mujer, debido a ello me retiré del equipo de fútbol. Me pintaba las uñas, intentaba arreglarme “como niña”, pero no me sentía bien. Sabía que me gustaban las mujeres, pero tampoco me identificaba como lesbiana. Nada me hacía sentido, fue una etapa dura. Yo quería encajar, pero no podía; me veía al espejo y no reconocía lo que miraba.

Un día, cuando tenía unos 17 años, estaba cambiando canales y me detuve en un programa de *National Geographic*. Un hombre trans estaba contando quién era. No sé por qué



me quedé viéndolo, pero fue como si alguien encendiera la luz en un cuarto donde yo había vivido a oscuras toda mi vida. Ahí supe quién era yo. Por primera vez escuché la palabra que explicaba todo lo que había sentido desde niño: ser una persona trans, un hombre trans.

Pero aun así pasé casi dos años sin decir nada en mi casa. Me daba miedo, desesperación; todo estaba loqueando en mi cabeza. Mi papá es muy conservador, un hombre cis heteronormado, y yo no sabía cómo iba a reaccionar. Empecé contándoles a mis amigos. Una amiga muy cercana fue la primera en decirme Lucas. Poco a poco fui siendo yo con mis amistades, pero en mi casa seguía callado.

En 2018 le dije algo a mi mamá, no tan claro, pero le dije que no me identificaba como mujer. Su reacción fue dura. Me dijo que no sabía en qué había fallado como madre, que le pidiera a Dios. Yo traté de explicarle que no era un tema religioso, que era algo que me tocó vivir, que hay cuerpos distintos; que, si ella creía mucho en Dios, entonces así son las cosas, no están mal, somos parte de su creación. Y su reacción provocó que me bloqueara, que no quisiera hablar del tema con mi familia.

En 2020, en plena pandemia, conocí a una chica por Facebook. Al principio pensé que era una cuenta falsa, pero empezamos a hablar. No le había dicho quién era realmente. Nos veíamos cuando podíamos, porque no había transporte por la cuarentena. Un día, en una llamada, le dije que era un hombre trans. Su reacción fue positiva, me ofreció su apoyo y



terminó siendo una persona muy importante en mi vida. Fue la primera persona que me dijo: “Si quieres decirles a tus papás, yo te apoyo”. Ella me dio el empujón que necesitaba.

Un día, con las manos temblando, les escribí a mis papás para que entraran a mi cuarto. Ellos estaban en la sala. Mi papá me respondió con un emoji de risa: “Espérate a que termine el partido”.

Les hablé de mi infancia, de cómo nunca me sentí mujer, de cómo me veía a mí mismo. Lloré mientras hablaba. Traté de decirles como pude que era trans. La reacción de mi papá me sorprendió. Me abrazó y me dijo: “No te preocupes, vení, dame un abrazo. Lo importante es que seas buena persona, de bien, que le des para adelante”. Yo no esperaba eso de él.

Mi mamá me dijo “te vi nacer como niña y te tuve entre mis brazos”. Ella estaba confundida y triste. Aunque todavía le cuesta tratarme de “él”, con el tiempo ha ido aceptando. Incluso cuando me independicé a los 21 años, ella estaba nerviosa porque me fuera de su casa. A pesar de mi mudanza, los voy a visitar. Ven cómo poco a poco voy haciendo cosas para reafirmar mi identidad de género.

Mi papá puede ser muy conservador y estricto, pero descubrí que también tiene la mente abierta. Sentí que me quitó un peso de encima al contarles. Tenía todas las palabras guardadas desde hacía años. No cambiaron muchas cosas, pero me sentí un poco más libre y me volví más abierto.



Hubo momentos en los que pensé en suicidarme. No porque alguien me lo dijera, sino por la desesperación interna, por tener que presentarme en femenino, por sentir que mi cuerpo no era mío, por querer acelerar un proceso que no sabía cómo vivir. Era una lucha entre cómo me veía el mundo y quién era yo realmente.

Pero nunca llegué a intentarlo. Mis amistades, mi proceso, mi identidad... todo eso me sostuvo. He tenido la fortuna de tener amistades muy buenas; casi todas son personas cis heterosexuales. Nunca me rechazaron. Cuando salí del *clóset*, me dijeron que ya se me notaba lo masculino. Eso me dio mucha fuerza.

Después de ver aquel programa, busqué información en YouTube. Encontré a varios hombres trans españoles que contaban sus procesos y eso me ayudó muchísimo. También conocí al Colectivo de Hombres Trans, Trans-Formación, por una búsqueda en Facebook. Ahí aprendí qué era un binder y muchas otras cosas valiosas. Fue la primera vez que sentí que había una comunidad para mí.

Con el tiempo, mis papás han ido aceptando mi identidad. Mi mamá todavía se preocupa mucho, especialmente por mi seguridad y por mis relaciones. Cuando cambié legalmente mi nombre, ella se desconcertó, pero mi papá lo tomó con calma. A veces se le sale mi nombre anterior, pero hace el esfuerzo.

Hoy siento que ellos me ven. Tal vez no entienden todo, pero me ven. Y yo también he aprendido a abrirme más con ellos, a compartirles mis procesos, mis decisiones y mis cambios.



QUEBRANDO LA CUEVA DE CRISTAL



Mi nombre es JACKSON MATÍAS. Tengo veintiocho años, vivo en la ciudad de Guatemala, soy un hombre trans heterosexual y, hace poco, descubrí que también soy una persona intersex. Esta es la historia de cómo crecí, cómo me busqué y cómo, a pesar de todo, sigo aquí.

Mi niñez no fue la más trágica del mundo, pero sí estuvo llena de rarezas. Crecí con mi mamá y mi papá. Desde pequeño sentí que era diferente. No sabía cómo explicarlo, pero lo sentía en la piel. En mi casa no existía el espacio para hablar de esas diferencias; simplemente se ignoraban. Mi papá era distante, frío, casi un fantasma. Mi mamá, en cambio, me amaba con una intensidad que a veces dolía. Entre ellos había una contradicción constante: ausencia y exceso. Y en medio de esa tensión crecí, cargando expectativas que no entendía.

Mis hermanos mayores, hijos de mi mamá, vivían en conflicto con mi papá. Eso creó una competencia silenciosa por el amor de ella. Yo era “la luz de sus ojos”, mientras ellos eran vistos como rebeldes. Esa dinámica nos separó, una separación que ningún deseaba y que constantemente tenía contradicción en nuestras acciones, en momentos nos queríamos y en otros se sentía la atmósfera tensa. Yo solo deseaba una familia unida.



Pero la realidad era otra: mis padres y yo comíamos en la mesa, mientras mis hermanos, comían en las gradas. Esa imagen se quedó grabada para siempre en nuestro interior; ninguna de las partes nos dimos cuenta en ese momento cuánta separación causaba tal acto.

Desde muy pequeño, mi mamá me enseñó a sentir miedo, temía a los hombres, temía a las mujeres, temía quedarme a solas con cualquier adulto. A los seis años ya tenía claro que el sexo era un acto donde “el hombre hace daño a la niña”. No era educación sexual; era un manual de supervivencia. Ese miedo se volvió parte de mí. Si una maestra me pedía quedarme en el salón, mi cuerpo se tensaba. No pensaba en tareas ni en deportes; pensaba en peligro. Y mientras me enseñaban a temer a los demás, yo también temía lo que sentía dentro de mí.

En la prepa, una niña me llamó la atención. “Qué linda”, pensé. Y de inmediato: “¿Qué estoy pensando? Eso no es normal”. Mi cuerpo reaccionaba con espasmos de ansiedad. Nadie sabía lo que pasaba dentro de mí. Intenté hablar con mi mamá una vez, pero su mirada se endureció. “Olvidemos eso”, dijo. Y así aprendí que mis dudas eran prohibidas.

A los ocho o nueve años, vi por primera vez a una mujer travesti, pasó cerca de nosotros cuando mi mamá iba al colegio. Yo admiraba a esa mujer en silencio. Mi mamá me dijo “ves, ese un hombre que quiere ser algo que no es”. También me enseñó que un hombre afeminado era “raro”. Crecí creyendo que todo lo que se saliera del molde era peligroso o incorrecto.



Mientras tanto, yo me sentía cada vez más niño. Quería jugar a lo que los niños jugaban, no saltar la cuerda. Quería pantalones, no faldas. Quería un cuerpo que no tenía.

La palabra “marimacha” me persiguió por años. En el colegio, en la casa, en mi mente. Yo no sabía que existía la palabra “trans”. Solo sabía que algo en mí no encajaba. Entre los doce y los catorce años, el básquetbol fue mi refugio. Cuando corría, mi mente se callaba. Era el único lugar donde no me sentía atrapado, pero, aun así, vivía dentro de una cueva de cristal: podía ver el mundo que quería, pero no podía tocarlo. No sabía cómo explicar lo que sentía, no sabía cómo pedir ayuda.

Un día, en el *Transmetro*, una ola de disforia y ansiedad me golpeó sin aviso, era algo que no conocía. Mi cuerpo reaccionó de formas que no entendía, me sentí atrapado, expuesto, solo, no podía llamar a nadie, no confiaba en nadie. En ese entonces tenía muchos amigos, sí, amigos para la fiesta, para jugar fútbol o básquetbol, pero no amigos en los que yo confiara. Ese fue el inicio de una caída lenta.

Mi mamá me amaba tanto que me encerraba sin querer. “Yo la pusiera en una vitrina donde nadie la tocara”, decía. Quizá otros admiraban ese amor, pero para mí era una jaula, entendía que su amor en cierto punto buscaba mi bienestar, pero dejaba de lado otras áreas que en ese momento eran importantes. A los veintidós años, la vida me empujó a vivir solo. Mis papás decidieron no mudarse conmigo, a pesar de las situaciones de inseguridad que estaban pasando, así que me quedé en



la casa que ya había pagado. Mi hermano menor decidió acompañarme. Fue la primera vez que tuve espacio para respirar.

Pero la libertad también trajo sombras, al tener más espacio también lo hubo para el ruido de mi interior, que estaba tan acostumbrado a suprimirlo, de ahí que no pude ocultarlo, explotó como una bomba y el daño que causó fue incontrolable.

La noche que me descubrí comenzó con una tarea simple de mi psicólogo: bañarme despacio, con un espejo, aunque creía haberme visto antes, nunca me había observado de verdad. El agua corría, el baño estaba en silencio, solo yo y mi reflejo. A medida que me miraba algo dentro de mí comenzó a agitarse. Una ansiedad profunda, como un temblor que nacía desde las entrañas, subió por mi pecho. Intenté respirar, pero el pánico ya tenía sus garras en mí. El reflejo en el espejo dejó de ser solo un cuerpo; era una pregunta que había evitado toda mi vida. La ansiedad creció, caí de rodillas, vomité, empecé a temblar incontrolablemente. Agarré el teléfono con manos temblorosas, marqué el número de la única persona que sabía mi verdad, la prima de mi cuñado, pero no contestó. Entendí que el miedo que sentía no era solo por lo que estaba descubriendo sobre mí, sino por todo lo que había reprimido durante años. Esa noche, en medio del ataque de ansiedad más fuerte que había experimentado, supe que el camino para aceptarme apenas comenzaba. Y aunque estaba aterrado, también había un pequeño destello de alivio, por fin estaba enfrentando lo que siempre había temido ver.



Una semana después, en terapia, el psicólogo me entregó un texto sobre identidad de género trans. Mientras lo leía, todo encajó. Cuando me preguntó qué le diría al espejo, solo pude decir: “Quisiera ser hombre”. Ese fue el primer momento de verdad. Mi terapeuta me ayudó con mis ataques de pánico, pero tuve que dejar las sesiones por falta de dinero. El tiempo paso, en medio de todo lo que sucedió mi familia poco a poco fue asimilando quien era y aunque me defendí ante todo lo que conllevo desde mi verdad, me perdí en el caos...

Hubo un día en que sentí que ya no podía más. No voy a describir detalles, pero sí puedo decir que estaba agotado, endeudado, perdido, sin sueños, ahogado en una vida de supervivencia y vicios vacíos. Sentía que no había un lugar para mí en el mundo. Me arrodillé en el suelo frío de la galera que era mi cuarto. El silencio era tan grande que podía escuchar el latido de mi propio miedo. “Diosito, perdón”, susurré al vacío. “Pero es que ya no doy más”. Vi la viga robusta que cruzaba el techo alto. “Aquí puedo colgar esto”, pensé, con una calma extraña. Era una solución lógica al problema sin solución. ¿Quién aceptaría a Mati? ¿Qué trabajo tendría? ¿Qué futuro?, No será feliz así, no lo amaran enserio, fueron palabras que recibí de quien me amaba con todo su corazón y las repetía tanto en mi mente que las creí con tanta fuerza.

Tomé aire, preparándome para el último acto de control en una vida que se me había escapado de las manos. Pero justo entonces, parado ahí y por saltar al vacío, desde el ruedo de mi



pantalón, por mi pierna sentí sus garritas, escuche su maullido, sonaba desesperado, con tal fuerza que silencio el ruido de mi mente y pauso el agobio de mi pecho, bajé la mirada y ahí estaba mi gatita Nala.

En un intento valiente de rescatar a su humano perdido, mis lagrimas no paraban, se sumó mi otra gatita, Cleo, que con su mirada quería entender que trataba de hacer y me transmitía un ¿Por qué? Baje, las abraza en el piso y no paré de llorar, ellas no me dejaron solo toda la noche ronroneando a mi lado, fui a la orilla de mi cama y de rodillas solo pedí perdón, agradecí por tenerlas y pedí por la oportunidad de hacerlo bien, quería la certeza de que, aunque el mundo dijera lo contrario yo sí merecía ser feliz, que, si me amarían, pero sobre todo que yo podría amarme por completo

El nudo en mi pecho no se deshizo, pero se transformó en algo distinto. Ya no era solo el peso de lo que no podía ser, sino el débil y tenue hilo de lo que era, para esas dos angelitas peludas y para aquellos que sí me amaban. Esa noche no tomé ninguna decisión irreversible. Lloré hasta quedarme sin fuerzas, sobreviví. No fue un cambio inmediato, pero ese día marcó un antes y un después. Empecé a reconstruirme, a nombrarme, a aceptarme, a entender que no estaba roto, estaba encontrándome.

Después de aquello, decidí explorar, tenía que hacerlo, y descubrí que algo era distinto. “Así es, así tiene que ser”, me dije. Había estado con chicas, pero algo era distinto en



la intimidad con mi cuerpo y siempre entraba la duda: todas son diferentes, quizás yo solo soy diferente también. Nunca me cuestioné si era normal. No se lo pregunté a la doctora Yusimil Carrazana. Hasta que un día, luego de unos exámenes de laboratorio que me hicieron para el inicio de mi proceso hormonal, para reafirmar mi identidad de género, me dijo:

“Hijo, tu testosterona está muy por encima de lo normal para una *mujer*, e incluso para un hombre trans”.

“¿Y eso afecta mi proceso?”, pregunté.

“No”, dijo.

Luego preguntó: “¿Sabes lo que es una persona intersex?”.

“No”, contesté. “Sé lo que es un *hermafrodita*, mi mamá me lo explicó”.

Ella corrigió: “Ese término es para animales y plantas. Y en los humanos es intersex”.

Muchas piezas en mi mente empezaron a encajar. No era solo querer ser hombre, o sentirme así. Era una fuerza más potente, una explicación médica al por qué siempre fui más varonil. Mi mente corrió: por eso esto, por eso aquello.

La doctora me preguntó “cómo te trataban de pequeño”. Recordé a mi mamá, empeñada en que fuera femenina. Y también recordé que, a una edad temprana, insistió mucho en explicarme lo de los “*hermafroditas*”. Nunca supe por qué. Hasta hoy, no le he preguntado, no sé si ella sospechaba algo.



Aquella noche, luego de saber la información de la Dra., se lo conté a mi mamá, que nació con más hormonas masculinas. Su reacción fue atípica, más con juicio que con empatía o interés por entenderlo, yo vi una manera de darle un poco de paz, ella sentía que era su culpa que yo fuera así. Pensé “como lo fue para mí, saber que biológicamente tenía respuestas, también lo será para ella”.

Ahora ya no permito que nada me detenga o haga ruido otra vez en mi interior, soy un hombre y seguiré construyéndome, buscando la mejor versión de mí.

Hoy, sigo aprendiendo, sigo sanando, sigo rompiendo la cueva de cristal que me encerró tantos años. Y sigo aquí, sé que hay otras historias como la mía —en Guatemala, Argentina, en cualquier parte del mundo— donde alguien usa la violencia para “demostrar” algo. Que los ruidos de fuera pueden penetrar tan fuerte en tu interior que no te puedas escuchar, pero quiero que sepas: sí se puede salir, sí se puede sanar. Y aunque los recuerdos duelan, no tienen por qué definir nuestro camino, eres valiente, valioso y mereces ser feliz.



NACER DE NUEVO EN MI PROPIO CUERPO



Mi nombre es CHAHIM, aunque en mi territorio la “h” cambia de sonido según quién la pronuncie, a veces suave y otras áspera, como la vida misma. Nací en 1995, el año en que Guatemala “firmó los acuerdos de paz”, una paz escrita en papeles que nunca llegó a mi casa, ni a mi cuerpo.

Mi infancia transcurrió en Cobán, por un lado, la casa evangélica fundamentalista, con sus reglas rígidas. Por el otro, la herencia gitana y afro-q’eqchi’ de mi familia, mujeres que leían la mano, curaban con hierbas, asistían los partos, hablaban con los espíritus. Yo crecí en medio de esa mezcla, con un cuerpo intersex que nadie quiso nombrar, pero que todos, de alguna manera, reconocían.

Mi abuela materna era mi refugio. En su patio jugábamos sin distinción de género entre todes les nietes, todes hacíamos lo mismo, jugar pelota o de cocinita. Ella cortaba frutas, café, y nos dejaba correr libres. En cambio, en la casa de mi abuelo paterno, el campo era territorio prohibido para mí. Mis hermanos iban con él a aprender sobre plantas medicinales, a cazar culebras para remedios. Yo me quedaba adentro, preparando la comida con mi abuela.

No entendía por qué. Años después, encontré papeles borrados, fechas repetidas, suscripciones tachadas. Sospecho que



nací intersex y que lo ocultaron. Quizá por eso nunca dormí con mis hermanos, mi mamá no lo permitía, dormía sola, con ella o con mi abuela. Quizá por eso siempre fui “ella” en casa, aunque en los papeles dijera otra cosa.

La sociedad me nombró antes de que yo pudiera hablar. “*Mariconcita*”, “*huequita*” “rara”, “confundida” eso me decían. A los once años, un profesor me apartó del grupo y me dijo “si no quieres que algo terrible te pase, compórtate como hombre”. No lo entendí, pero sentí el miedo que él tenía. Mi cuerpo era un secreto que otros leían con violencia. A los siete años sufrí una violencia sexual colectiva. No describo los detalles porque no los merece nadie, pero sí digo la verdad, fue por cómo me veían, por mi expresión, por mi diferencia. Esa herida sembró en mí la idea de que yo era un error. La primera vez que pensé en quitarme la vida fue siendo una niña, no entendía el concepto, solo sentía que no debía estar aquí.

Planeé mi muerte cuatro veces. Cada plan era meticuloso y muy calculado. El dolor se sentía como un zumbido en los huesos, un nudo en el estómago que llegaba hasta los tobillos. No entendía mi propio cuerpo. Los primeros intentos se sintieron extraños. No hubo crisis, ni despedida dramática. En cambio, sentí un alivio profundo, algo pacífico, pero ninguna de las veces se concretizó.

La adolescencia fue una guerra, empecé a masculinizarme para sobrevivir. Me vendaba el cuerpo con tiras de tela para ocultar mis curvas. El dolor físico se volvió insoportable. No



había dinero para hospitales, pero un día no pude más. Mi mamá y mi abuela me revisaron con miedo. Me llevaron a un hospital con médicos cubanos. Ahí comenzó otra forma de violencia: exámenes invasivos, miradas frías, médicos llamando a otros para “verme”. Me trataron como un “caso”, no como una persona. Mis padres se llenaron de miedo y silencio.

Mi cuerpo se volvió un campo de batalla. Un médico me dijo que dejara de quejarme, que tendría “varios desarrollos”, que era suficiente vergüenza para mi familia ser *india*, si hablaba de esto sufriría más. Caminaba y me desmayaba. Mi abuela me levantaba del suelo una y otra vez. Aprendí a ocultarme para no ser humillada.

Dejé de estudiar y empecé a trabajar en restaurantes, hoteles, donde fuera. A los veinte años tuve la oportunidad de viajar al Departamento Ecuménico de Investigación (DEI) en Costa Rica. Mi cuerpo seguía siendo territorio ajeno. Pero fue ahí donde escuché por primera vez la palabra intersex. Un hombre trans a quien le decían *Perro* habló de diversidad. Yo no pregunté, solo tomé notas. Cuando escuché “intersex”, algo se quebró, me salí, me fui acostar y por tres días estuve con fiebre. No era una enfermedad, era el reconocimiento, por fin tenía un nombre. El tabú empezaba a resquebrajarse, la princesa guerrera, al fin, comenzaba a entender su propio territorio.

Al regresar a mi casa, se lo conté a mis papás con mucha ilusión. Me dijeron, “No, es que tú no sos así. Lo que pasa es que eres una persona de la diversidad, decís eso para que



no te digamos nada”. Sentí que me arrancaban la voz. Así que tomé las riendas de mi vida. Empecé a investigar por mi cuenta. Conocí a Julián, un hombre intersex de Venezuela, quien me consiguió una cita con una bióloga, una mujer trans. Trabajé en lo que pude para pagarme un nuevo estudio hormonal, con mi propio dinero. Los resultados llegaron, la bióloga me explicó que tenía mini ovarios, lo que producía cambios hormonales naturales, demasiado notorios, principalmente para mí.

Empecé una investigación autónoma en mi territorio maya q’eqchi’, con apoyo de Silvia Regina del DEI, fui con las abuelas, abuelos, abueles, viejitas, viejitos, viejites, profesoras de antaño. La investigación se llama *Xorok li poo*, que quiere decir luna llena, porque es cuando nacen la mayor parte de personas intersex. La misma no es pública. Aprendí en mi idioma también que se decía *J’alanil Junxaqalil*, a las personas Intersex; *J’alan lin Rahoc*, a las personas que aman diferente; y *Xmuel Jalan*, a las personas trans, de espíritu diferente.

Eso como que me dio más fuerza, recordé que cuando me llevaban al hospital de pequeña, mi abuela negra paterna me dijo, “Mira, uno no importa qué rol de género tenga, lo tienes que defender, antes de cualquier cosa es tu dignidad. Y tú dignidad pasa por no pedir permiso para ser quién eres, por no permitir que nadie te haga nada por ser quién eres”. Cuando empecé ya con mi expresión de género, digamos, más fuerte, que está relacionada como al entendimiento de mi cuerpo. Nunca llegué con mi mamá o mi papá diciendo yo me



siento así, por favor respétenme. Sino fue, esta soy yo y el que tenga un problema conmigo lo vamos a arreglar, aunque sea Cristo en persona que tenga un problema lo tiene que arreglar conmigo. Toda mi familia no se metió, si les hizo ruido, allá ellos y su almohada si lo lloraron, si lo superaron.

Recuerdo una ceremonia maya a la que fue mi mamá, ella insistió que hablara con guía espiritual. Él me dijo que no podían leerme porque yo era un oráculo. “Si te leemos, morimos”, dijo. Me contó que, en un tiempo ancestral, todos los seres éramos como yo, con un cuerpo que trascendía lo binario, hasta que algo cambió y nos dividieron en hombre y mujer. Luego, el abuelo me dio una enseñanza que cambiaría mi vida para siempre. Me dijo que vería momentos en los que el espíritu del hombre querría mandar, y otros en los que el espíritu de la mujer querría hacerlo. Pero también habría un momento en que los dos espíritus, al mismo tiempo, serían los que mandarían. Aprendí sobre los “tres espíritus” fue una luz para mí. Me ayudó a reconciliar mi cuerpo intersexual con mi ser espiritual; era una forma de ser antigua y sagrada.

Años después fui a la primera conferencia intersex de Centroamérica y Latinoamérica, ahí conocí a Natasha, una mujer a la que estimo mucho. Por fin, pude poner palabras a mi experiencia. Aprendí que ser intersex no es una identidad de género, como lo puede ser trans. Son experiencias distintas, aunque a veces se entrelazan. Una compañera me dijo: “A ustedes los médicos les quieren dar hormonas. A nosotras nos



las niegan”. Ahí entendí la diferencia. Por eso no me nombró trans, me nombró intersex.

En esa conferencia encontré gente que había enfrentado cosas peores con los médicos, con relación a lo yo pasé. Encontré empatía para ese rechazo, los médicos no nos gustan para nada, es un miedo que compartimos. En Brújula Intersex me dijeron que podía buscar un diagnóstico médico, no acepté, no quería que nadie volviera a decirme quien soy. Entendí que mi lucha no era médica, sino emocional y espiritual. Que mi cuerpo es un territorio sagrado.

En Guatemala no tenemos procesos de derechos para personas intersex indígenas, pero la espiritualidad me sostiene. Por ejemplo, hubiera querido que mi parto lo atendieran de manera diferente. Fui con las abuelas, lloré con ellas, hice una ceremonia. Les dije, “Permítanme hablar con comadronas”. Me mandaron a conversar con comadronas por dos años en territorio Quiché, Totonicapán, Cobán, con garífunas, en diferentes pueblos. Ahí se descargó toda la ira que mi cuerpo tenía por no haber tenido un parto atendido como persona intersex. Me mandaron otros dos años a hacer reestructura comunitaria en todo el territorio ch’orti’, garífuna y lenca. Ese tipo de cosas son las que me han acercado a reclamar la justicia espiritual para sostener mis procesos de duelo y de justicia de mi propia historia. Creo que la mayor discriminación que he recibido ha sido por creer en algo diferente.



Hemos sido educados para odiar nuestros cuerpos, la nariz, el pelo rizado o liso, ser delgados o gordes. Es una lógica perversa que nos enferma. Algunos tenemos rasgos que la sociedad no puede ignorar, que no se pueden esconder para ser “aceptables”. Cuando te acercas a la verdad de tu cuerpo, aunque sea con dolor y precariedad, el sistema te golpea con más fuerza, violaciones “correctivas”, rechazo familiar, desalojo. A mayor verdad, mayor precio. La violencia que recibimos no es natural, es el odio que otros sienten por sus propios cuerpos, historias y sexualidades. Nadie actúa por ignorancia, lo saben.

Cuento las cicatrices, las palabras que cortan más que cuchillos, los dolores que nadie veía. En mi comunidad, ser una persona intersex femenina y alzar la voz es caminar sobre brasas.

El patriarcado es una sombra espesa, que cuestiona cada decisión, cada palabra que nombra mi verdad. Cuando era niña, sentía dolores agudos en el vientre. Me dijeron que eran mis hormonas, una carga femenina sin un lugar físico donde residir, golpeando contra un cuerpo que el mundo no veía. Me cortaban el pelo, y aunque para mí era solo un corte, ese espíritu consciente sabía lo que significaba, un intento de poder mi esencia.

Hoy, mi prioridad es el nombramiento en mi propio idioma, el que habla mi pueblo. Participó en espacios para mujeres trans porque la transición es parte de mi camino, pero no me aferro a las palabras blancas y ajenas. Mi lucha es por la



autodeterminación, por la justicia de existir en mi totalidad, sin pedir permiso.

Aprendí que nuestra identidad nunca es solo personal. Como mujer indígena, soy un hilo en el tejido comunal. Compartimos arroz, recetas para la diarrea infantil, historias al atardecer. Esa comunalidad es mi primera persona política, el suelo desde donde curo, desde donde desafío, desde donde existo. Siempre he sabido que mi camino sería diferente. No fue una elección, sino una certeza que creció conmigo, tan arraigada como las raíces del ceibo que sembré de niña.

La gente habla, claro, dicen que soy muy joven para saber lo que sé, para llevar el peso que cargo. Ven mis años y piensan en inexperiencia, en un capricho pasajero. No ven los soles y lunas que he vivido en un solo día, las conversaciones con el viento que me enseñaron más que cualquier libro. Porque cuando el machismo, el fanatismo religioso y el racismo no bastan para desacreditarte, usan tus años para decir que lo que llevas dentro no puede ser auténtico. Pero la luna no pregunta por edades cuando bendice una semilla. Ella solo reconoce la intención del corazón que la siembra. Y yo sigo sembrando, a pesar de todo, porque en mis manos la tierra no miente, y en mi espíritu, los años no se cuentan con calendarios.

Hoy, mi ternura es mi revolución, mi existencia es mi denuncia, mi cuerpo es memoria ancestral. Mi nombre es Chahim, y habitó los tres espíritus. No soy un error, soy un puente entre mundos. Soy un oráculo que aprendió a vivir, no



solo a sobrevivir. Y esta es mi historia. Una historia que no pide permiso para existir, una historia que denuncia, que nombra, que reclama por una justicia que deje de ser hegemónica y se vuelva plural, diversa como los cuerpos que celebró, que, contra todo, sigue viva.

Mi esperanza, ahora, está enraizada en el presente. Y crece, creativa y libre, como los árboles que no juzgan.



ÍNDICE

PRÓLOGO

5

AGRADECIMIENTOS

7

AGUSTÍN ROJAS

9

IZAN BAPTISTA

15

CANDELA NICOLSI

21

FRANCO PARDENAS

29

MAGNUS

33

RAYEN DIAZ

39

ALE LOPEZ BEMSCH

45

LA VOZ POR FIN SUENA A MÍ

YESS

53

ENTRE LA VIOLENCIA Y LA VERDAD,
MI BÚSQUEDA DE IDENTIDAD

RODRIGO

59

IDENTIDAD, RESISTENCIA Y VERDAD

FERNANDO

67

NO VIVAN PENDIENTES DE LOS OJOS AJENOS

SALOMÓN

75

NOMBRARME HOMBRE TRANS
FUE UNA DE LAS EXPERIENCIAS MÁS BONITAS

LUCCA

81

TRANSICIÓN, INFORMACIÓN Y COMUNIDAD

AMIEL LUCAS

85

QUEBRANDO LA CUEVA DE CRISTAL

JACKSON MATÍAS

91

NACER DE NUEVO EN MI PROPIO CUERPO

CHAHIM

99



Dentro de la población LGBTQ+ persiste una deuda histórica con las personas intersexuales. Una deuda que habita en silencio, en la negación, en las historias que constantemente intentan borrar. “J’alanil Junxaqalil”, palabra en idioma Q’eqchi’, una de las veinticinco idiomas mayas de Guatemala. El nombre, propuesto por Chahim A’jam Vásquez Leal, mujer intersex maya Q’eqchi’ Afro Romani, nos recuerda que “intersex” y “trans” —categorías desde las que el mundo anglosajón ha intentado nombrarnos— no son las únicas formas de comprender nuestras existencias.

Este libro evidencia que no somos una moda, ni un invento reciente, ni un concepto importado. Somos raíz y memoria; parte de la respiración profunda de los pueblos ancestrales que han habitado esta tierra desde siempre.

ISBN 978-631-01-3421-5



9 786310 134215



COLECTIVO
**TRANS-
FORMA
CIÓN**

